

ISSN 0124-8308
ISSN EN LÍNEA 2981-359X

Phoenix
Literatura, Arte y Cultura

NÚMERO

21

CIENCIA FICCIÓN: UCRONÍAS Y DISTOPÍAS





UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Phoenix

Literatura, Arte y Cultura

Revista Phoenix

Número 21

ISSN 0124-8308 / ISSN en línea 2981-359X
2024

Phoenix es una publicación de carácter académico, crítico y de creación literaria que busca generar nuevos acercamientos a la cultura por medio de la palabra escrita y la ilustración. La mayoría de sus integrantes hace parte del pregrado en Estudios Literarios de la UNAL.

Phoenix 21

phoenix_bog@unal.edu.co
facebook.com/ literaturaphoenix
Instagram: @literaturaphoenix
<http://bienestar.bogota.unal.edu.co/pgp/Publicaciones/phoenix/phoenix.html>

Programa de Gestión de Proyectos (PGP)

proyectoug_bog@unal.edu.co
Tel.: 3165000 Ext.: 10661-10662
Facebook/gestiondeproyectosUN
Instagram: @pgp_un
Biblioteca PGP: https://bit.ly/biblio_PGP

Contacto Facultad de Ciencias Humanas

dirbien_fchbog@unal.edu.co

RECTOR

Leopoldo Alberto Múnera Ruiz

VICERRECTORA SEDE BOGOTÁ

Andrea Carolina Jiménez Martín

DIRECTORA BIENESTAR SEDE BOGOTÁ

Nancy Jeanet Molina Achury

DECANA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Nohra León Rodríguez

JEFE DE DIVISIÓN DE ACOMPAÑAMIENTO INTEGRAL

Zulma Edith Camargo Cantor

COORDINADOR PROGRAMA GESTIÓN DE PROYECTOS

William Gutiérrez Moreno

DIRECTORA BIENESTAR FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Olga del Pilar Vásquez Cruz

EQUIPO EDITORIAL

Docente que acompaña y avala el proyecto
Patricia Simonson

Coordinación

Juan Pablo Pardo Mantilla

Preedición

Dixon Miller Alfonso Jimenez
Nelson Leonardo Garcia Sambrano
Karen Lorena Gutiérrez Medina
Darcy Yuliana Hidalgo Jaimes
Juan Pablo Pardo Mantilla
Felipe Rodríguez Enciso
Oscar Daniel Rodriguez Gonzalez
Angie Catalina Sánchez Mayorga
Juan Daniel Valbuena Perez
Angela Vargas Ardila
Laura Gabriela Vargas Medina
Patricia Simonson

Evaluadores

Natalia González Melo

Ilustraciones de

Isabella Estupiñan
Oscar Lopez
Nicole Polo
Jeimi Vargas Ardila
Angela Vargas

Corrección de estilo PGP

María Angélica Guerrero Ruiz
Diana Consuelo Luque V.

Diseño y diagramación PGP

Melissa León Jurado
Jose Castro Garnica

Portada y contraportada

Melissa León Jurado
Jose Castro Garnica

Universidad Nacional de Colombia
Cra. 45 No 26-85 Edificio Uriel Gutiérrez
Sede Bogotá
www.unal.edu.co

El material expuesto en esta edición puede ser distribuido, copiado y expuesto por terceros si se otorgan los créditos correspondientes. Las obras derivadas del contenido del presente volumen/número deben contar con el permiso del (de los) autor(es) de la obra en cuestión. No se puede obtener ningún beneficio comercial por esta publicación.

Las ideas y opiniones presentadas en los textos de esta edición son responsabilidad exclusiva de sus respectivos autores y no reflejan necesariamente la opinión de la Universidad Nacional de Colombia.

CONTENIDO

EDITORIAL

Leonardo García Zambrano **06**

DISTOPIAS

DE ROBOTS, MÁQUINAS Y CAPITALISMO VORAZ

El niño y el robot
Nicole Annette Polo Rojas **11**

Mi robot
Fernando Villalobos **17**

¿Sería usted capaz de rechazar a una máquina?
David Fernando Adames Rondon **22**

Querido padre
Carlos David Niño Trujillo **27**

Vendrá Terminator y tendrá tus ojos
Jerson José Hernández **29**

Las semillas son solo memorias dormidas
Jerson José Hernández **30**

DE REBELDÍA: HUMANOS, PLANTAS Y ANIMALES

Corre la savia como sangre en la tierra
Ariadna Cortez Guevara **33**

Humanos en bienestar
Angela Vargas Ardila **38**

Nombre	
<i>Felipe Rodríguez Enciso</i> _____	43
De abrazos y gargajos	
<i>Juan Sebastián Monroy Herrera</i> _____	44

UCRONÍAS

DE SITUACIONES HIPOTÉTICAS Y MUNDOS POSIBLES

El jarrón de Llorente	
<i>José Cadena</i> _____	51
El futuro en un cúbit	
<i>Joan López</i> _____	57
Ad Astra	
<i>Cristhian Ayala García</i> _____	62
Otros mundos posibles desde la ciencia ficción: La mirada del afrofuturismo en el filme Black Panther	
<i>María de los Ángeles León Moreno</i> _____	67

EDITORIAL

LEONARDO GARCÍA ZAMBRANO

Aquel jueves por la mañana, el ambiente estaba enrarecido. Las personas hablaban bajo mientras miraban a su alrededor. Un pánico generalizado se apoderó de todos. Miradas amenazantes se lanzaban unos a otros mientras contaban a alguien su opinión. Llegaban murmullos de todas las direcciones sobre cómo terminaría el día. Las expectativas eran malas. Unos, los que llevaban más tiempo en ese sitio, eran víctimas del miedo; mientras que los otros, los recién llegados, caminaban con nerviosismo. Nadie esperaba algo bueno aquel día.

La luz del día se desvanecía, y todos esperaban con ansiedad la respuesta. Algunos, muy pocos, se pusieron a celebrar. Se reunían en pequeños grupos alrededor de una botella de alcohol augurando que la noche no fuera tan terrible como esperaban. Se abrazaban, se besaban y se reían. Parecía una despedida generalizada. A las 6:15 p.m., la noticia llegó. El silencio se apoderó de todos. La noticia, portadora de un destino incierto, transformaba los rostros. Manos temblorosas, respiraciones agitadas y rostros pálidos se veían por todos lados mientras leían el mensaje.

Poco a poco, los rostros se relajaban, los ojos se llenaban de lágrimas y, en segundos, un estallido de júbilo desbordaba el lugar. Abrazos prolongados, palabras entrecortadas y miradas enternecidas colmaban todo. Al unísono todos gritaban: *Múnera, Múnera, Múnera.*

En un universo alterno, este habría sido el desenlace de la elección de rector en la Universidad Nacional. La rutina no se habría interrumpido durante tres meses y este número de la revista, tal vez, sería diferente. Sin embargo, por desgracia o fortuna, este universo tomó otro rumbo y volvemos a la rutina. Una rutina que nos reúne de nuevo y, en el caso de *Phoenix*, alrededor de la ciencia ficción como género.

En 2016, *Phoenix* lanzó un número dedicado a la ciencia ficción. En aquella edición, los autores narraban distintos futuros donde la tecnología controlaba el mundo. Tal vez ya intuían sobre las inteligencias artificiales y las preocupaciones plasmadas en sus textos eran premoniciones de lo que ahora estamos viviendo. Sin embargo, lo que no pudieron prever en sus relatos fue la pandemia de COVID-19, que transformó nuestro mundo de manera radical. Un virus confinó a la humanidad durante casi tres años, creando situaciones tan inverosímiles que parecían sacadas de novelas distópicas. Esta nueva realidad, marcada por la incertidumbre y el cambio, inspiró el actual número de *Phoenix*, que centra su atención en ucronías y distopías.

Plantas que alteran la realidad, humanos convertidos en mascotas, androides de apoyo emocional, viajes en el tiempo a la Colombia de principios del siglo XIX, e incluso gargajos revolucionarios, son los textos que conforman la nueva edición de *Phoenix*. Hemos optado

por dividir la nueva edición en tres secciones, reflejando la diversidad temática de los textos. La primera sección, “De robots, máquinas y el capitalismo voraz”, incluye relatos distópicos en los que los seres humanos han sido enajenados por el avance tecnológico; la segunda, “De rebeldía: humanos, plantas y animales”, presenta historias de desobediencia frente a la realidad que enfrentan los protagonistas; finalmente, en la tercera sección, “De situaciones hipotéticas y mundos posibles”, se hallarán los textos ucrónicos que invitan a explorar escenarios alternativos y reflexionar sobre cómo los pequeños cambios en la historia podrían haber dado lugar a un mundo completamente distinto.

Los textos e ilustraciones que componen este nuevo número de *Phoenix* especulan sobre realidades alternativas ficticias y representan sociedades futuras en las que la humanidad ha sido alienada de diversas maneras. La ciencia ficción es un género que abre infinitas posibilidades. Por esta razón, esperamos que en estas páginas encuentren diferentes voces que los inviten a meditar sobre la situación actual y a considerar la eterna pregunta: “¿Qué hubiera pasado si...?” No siendo más, disfruten del número 21 de la Revista *Phoenix*.

DISTOPÍAS



DE ROBOTS, MÁQUINAS Y CAPITALISMO VORAZ



EL NIÑO Y EL ROBOT

NICOLE ANNETTE POLO ROJAS

Él, si es que podía llamarlo así, era lo primero que había visto al llegar a este mundo. Bueno, en realidad no recordaba ese momento, pero estaba seguro de que lo había estado acompañando por mucho tiempo.

—Por favor, Gabriel, termina de comer los huevos —dijo Hiacinto, mientras sus largos brazos, divididos en surcos, guardaban una sartén y un poco de ropa en una pequeña maleta. Con sus extensas piernas empezó a desplazarse hacia el niño y, mirándolo desde arriba, insistió:

—Coco estará enfadada si no comes.

La pequeña gallina, como si supiera de quién hablaba Hiacinto, alzó la cabeza para mirarlo, pero inmediatamente le dio la espalda y empezó a picotear el suelo.

El niño, ignorando la situación, miró hacia arriba y pensó que, cuando creciera, le encantaría ser tan alto como Hiacinto, quien siempre tenía que encogerse un poco para que su cabeza no tocara el techo. Miró de nuevo al robot, cuyos ojos brillantes e inexpresivos estaban viéndolo fijamente, así que empezó a comer.

Cuando Hiacinto terminó de preparar a Gabriel y revisar que no hubiera amenazas afuera, tomó a la gallina en uno de sus brazos y extendió su mano hacia el pequeño. Este la tomó molesto, pues no hace mucho el robot lo había obligado a empezar esa aburrida rutina de salir, esconderse y descansar. Aunque nunca salía sin antes esperar a que Hiacinto desapareciera un rato en las calles y después volviera cubierto de algo rojo que él llamaba «óxido».

—Hiacinto, tuve una pesadilla —susurró el niño mientras miraba las largas piernas del robot. No le agradaba el hecho de que tuviera que dar pasos tan cortos solo para esperarlo—. Creo que vi a mi papá.

El robot se detuvo en seco y giró su cabeza hacia el niño.

—¿Qué soñaste? —preguntó.

—Soñé que me gritaba, creo que me estaba llamando «monstruo». Aunque después de un rato, él dejó de hablar y terminó dormido en el suelo. Él... ¿me odiaba? —preguntó Gabriel.

—No, no lo creo —contestó Hiacinto, mirando a Gabriel y percibiendo cierta distorsión en su rostro.



—En mi sueño también estabas tú —añadió el pequeño, y el robot tuvo que empezar a buscar en su sistema de memorias. Necesitaba encontrar el origen de ese sueño que, y de eso estaba un 96,7 % seguro, no era solo un sueño.

Hiacinto por fin encontró una memoria que coincidía con la descripción que le había dado el niño. Efectivamente, Gabriel, quien tenía 3 años en ese momento, estaba observando a su padre. Sin embargo, Hiacinto no pudo ver su rostro porque estaba completamente borroso. ¿Acaso había un error en sus archivos? Por más que sus sistemas de memoria no fueran tan extensos, los errores en imágenes no eran posibles. Después de todo, su creador lo había fabricado con la perfección digna de un gran científico.

Algo inesperado interrumpió los pensamientos de Hiacinto y tuvo que enfocar la vista correctamente para darse cuenta del peligro que se avecinaba. Inmediatamente, tomó con delicadeza a Gabriel en sus brazos. El niño, sin darle mucha importancia a lo que estaba sucediendo, solo se alegró al poder estar junto a su gallina, que dormía cómodamente en el brazo del robot.

Hiacinto ingresó de forma silenciosa al primer escondite que encontró; el primer piso de un edificio abandonado, cuyo gran ventanal dificultaría que se resguardase de esos Inhumanos, pero que por ahora era lo único disponible.

Aquel escondite, según su base de datos, antes era conocido como una tienda de juguetes. Pero era demasiado tétrica para su gusto, completamente opuesto al de Gabriel, quien, junto con Coco, corrió y saltó animosamente hasta encontrar un escondite detrás del mostrador. Por su parte, Hiacinto redujo el tamaño de sus brazos y piernas para poderse ocultar también. No quería confrontaciones, pero si se veía obligado, no dudaría en luchar contra aquellas cosas.

«Inhumanos...»

Hiacinto ingresó por un momento a su base de datos y rememoró el momento en que había cambiado todo.

Desde que aquella enfermedad biológica, fruto de las armas usadas en la Quinta Guerra Mundial, había invadido el país, la gente comenzó a mostrar un comportamiento errático. Después, empezaron a dejar de razonar. Las venas de muchos se empezaron a inflamar hasta quedar marcadas en la piel y, por último, sus ojos se tornaron blancos. Era entonces cuando perdían su cualidad humana. Esos seres, que antes gozaban de inteligencia y capacidad, ahora no eran más que criaturas agresivas y salvajes que buscaban descuartizar a quienquiera que se encontraban.

—¿Vienen esos monstruos? —preguntó el pequeño, y el robot acarició sus rizos blancos con su mano metálica. Gabriel era el único niño inmune del que tenía registro, y su creador, padre del niño, le había dado la única orden de

evitar más infectados. Por eso debía llevarlo fuera de la ciudad, al campo, donde estarían más seguros.

—Sí, pero no nos verán aquí —susurró el robot.

O eso creyó, cuando, de pronto, empezó a escuchar voces aproximándose. Gabriel comenzó a temblar con un poco de miedo y apoyó la cabeza en el cuerpo de Coco, quien estaba bastante cómoda en sus brazos. Hiacinto, por otro lado, asomó su cabeza para alcanzar a ver lo que estaba pasando. No le era raro escuchar de vez en cuando gruñidos y quejidos provenientes de los Inhumanos, pero jamás había escuchado a uno hablando fluidamente.

—... ¿Estás seguro de que viste algo? —preguntó una voz.

—Lo puedo jurar, era una criatura gigante con un niño, ¿creen que sea algún tipo de mutación? —respondió otra voz y hubo un corto silencio.

—No tiene sentido —repuso una tercera voz—. Si fuera algún tipo de mutación, ya se lo hubiera comido. Para mí se parece más a uno de esos robots acompañantes inventados por ese científico... ¿Cómo era que se llamaba?

—¿De verdad importa? Está muerto, como casi todos... Pero el niño... Era peliblanco.

—Entonces debe ser inmune, como nosotros.

—Hiacinto, yo quiero escuchar lo que están diciendo —se quejó Gabriel.

Hiacinto bajó la cabeza y vio al niño haciendo mala cara. Sus manos estaban intentando quitar las de Hiacinto de sus orejas, pero el robot no pensaba dejar que el niño escuchara esas cosas. No había en su base de datos algo que correlacionara el color del cabello con la inmunidad a esa enfermedad que había destruido todo, así que no debía confiarse.

—Son como nosotros... Como yo —insistió, esforzándose más en quitarse a Hiacinto de encima. Este se asustó por un momento al creer que el niño había escuchado lo que estaban hablando esas personas.

—Pueden hablar y pensar, ¡pueden ser amigos!

Hiacinto le cubrió la boca de inmediato, pero ya era muy tarde. Esas personas se dirigían hacia ellos. El robot dejó de taponarle los oídos a Gabriel y esperó a que los humanos estuvieran suficientemente cerca. No tenía más opción que intentar conversar con ellos, y si eran peligrosos...

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó una voz, revelando que ya estaban dentro de la tienda.

«Tres voces... tres posibles peligros», pensó el robot.

—¡Escuché al niño gritando! ¿Y si esa cosa le hace algo?

—No estoy diseñado para hacerle daño. Todo lo contrario, fui creado para protegerlo de los inhumanos —replicó Hiacinto mientras recuperaba su tamaño normal, sobresaliendo del mostrador.

Tres jóvenes, quizás rondaban sus treintas, se quedaron congelados al verlo. Incluso uno de ellos apuntó con un arma a Hiacinto. Sin embargo, seguido del gigante y aterrador robot, una criatura más pequeña, sosteniendo una bola de plumas, decidió mostrarse.

—¡Niño! —procedió a decir uno de los adultos y le hizo unas señas a otro para que bajara la pistola. Gabriel los observó bien, los tres adultos iban vestidos con ropas oscuras y llevaban maletas puestas, pero eso no era importante. Estas personas tenían el cabello completamente blanco. Gabriel abrió la boca con sorpresa ¡Eran idénticos a él!

—¡Ho-hola! —saludó nervioso y los tres adultos, con sonrisas amables, procedieron a saludarlo de vuelta.

—No sabíamos que había otros como nosotros —dijo otro de ellos. Sus nombres eran Daniel, Enzo y Hugo. Ellos empezaron a contarles acerca de su razón de estar allí: Iban en busca de nuevas semillas para establecerse en una base que habían encontrado en una parte de la ciudad.

—No es la mejor base, pero vale la pena. De igual manera no ha sido difícil eliminar a esas criaturas. Son realmente estúpidas —comentó Enzo.

La conversación iba bastante bien, incluso Coco se sentía bastante cómoda siendo cargada por esos desconocidos. Hiacinto no notaba nada extraño en los signos vitales de aquellas personas, pero algo no le terminaba de agradar. Sus rostros se veían borrosos para él. Revisó de nuevo en sus sistemas buscando alguna falla, pero no había nada. Entonces el recuerdo del padre de Gabriel empezó a sobreponerse entre los demás.

«Ah, así que eso era», pensó el robot.

Gabriel no dejaba de reír, aunque trataba de contenerse para no hacer mucho ruido, porque en las calles ya estaban empezando a aparecer Inhumanos.

—¡Deben venir con nosotros! ¡O nosotros podríamos ir con ustedes! —soltó Gabriel, emocionado, y Hiacinto volteó a verlo. Enzo y Hugo lo miraron de vuelta mientras Daniel jugaba con la pequeña gallina.

—Si están dispuestos a acompañarnos, entonces, para mí es importante conocernos mejor. Si están de acuerdo, sería realmente agradable poder conversar con ustedes fuera de la tienda —dijo Hiacinto, de forma inexpresiva, pero a los ojos de Gabriel, su actitud se veía diferente.



Los tres adultos se miraron y voltearon a mirar al robot.

—Claro —aceptó Hugo y sacó una escopetilla de su cinturón—. Eso sí, antes debemos eliminar a esos Inhumanos.

Hiacinto tomó a Coco en sus brazos y se la dejó a Gabriel, quien esperó pacientemente dentro de la tienda, ojeando todos los muñecos. Nunca se había sentido particularmente atraído por los muñecos, pero un osito de peluche que vestía un overol y un gorrito azul con orejas logró llamar su atención. Mientras escuchaba algunos disparos del enfrentamiento contra los Inhumanos, Gabriel dejó a Coco a un lado y le quitó el pequeño sombrero al osito. Antes de que Coco pudiera caminar muy lejos, Gabriel la atrapó y le colocó el sombrero que cubría su pequeña cresta.

—¡Te ves muy linda! —dijo riendo, cuando escuchó dentro de la tienda unos pasos que conocía a la perfección—. Hiacinto, mira a Coco. ¡Es muy tierna!, ¿no crees?

—Sí —contestó Hiacinto y al no escuchar más comentarios acerca del nuevo traje de Coco, Gabriel se volteó.

No había nadie junto a Hiacinto.

—Oh, ¿a dónde fueron los demás?

El robot, sin responderle, se acercó lentamente al niño. Solo entonces Gabriel pudo darse cuenta de las múltiples manchas rojas en el cuerpo metálico del robot. Entonces el niño abrió mucho los ojos.

—¡De nuevo estás...! Eh... ¿Cómo se decía?

—Quizás estás queriendo decir que me estoy oxidando, es un proceso normal —le aclaró Hiacinto. De pronto, Gabriel vio gotas de eso que el robot llamaba "óxido" resbalando por el resto de su cuerpo.

—¡Eso! Pero no es grave, ¿cierto? Siempre te he visto curar... Pero ¿Qué pasó con Enzo, Daniel y Hugo? —insistió el niño mientras el robot lo alzaba, acunándolo en sus brazos. También alzó a Coco y la dejó junto al niño. Esta se acomodó por su cuenta.

Hiacinto empezó a caminar hacia la calle. En los brazos del robot, grandes y alargados y estando boca arriba, no había forma de que Gabriel pudiera notar lo que estaba pasando por la calle. Ni de notar los cuerpos de los que había considerado sus nuevos amigos.


Hiacinto, por otra parte, se había dado cuenta de un detalle muy importante que le había dejado su dueño: la capacidad de detectar y eliminar posibles amenazas, la cual hacía que los rostros de las personas detectadas se vieran

distorsionados. Solo en ese momento entendió porque había sentido la necesidad de asesinar al padre de Gabriel y a aquellas personas; pese a ser inmunes y amables, siempre había una pequeña posibilidad de que se convirtieran en monstruos y, para evitar desastres, debían ser eliminados.

Lo que hizo que dudara por un instante esas instrucciones fue la mirada de Gabriel.

Porque ya no podía ver sus ojos violetas, solo una mancha difuminada y un posible nuevo peligro.

Año
2024

 2024

MI ROBOT

FERNANDO VILLALOBOS

—¡Señorita, hágame el favor de llamarme a su superior!

—Pero señora, ya le dije, yo le puedo tomar la declaración. Yo soy la teniente Africano.

—¿Acaso mis impuestos no valen? Hágame el favor de llamarme a su jefe.

La mañana estaba oscura y la dirección meteorológica había anunciado nubes con alto contenido de helio. El nuevo alcalde había decretado racionamientos de hidrógeno luego de las últimas tormentas solares. En la estación de policía reinaba un ambiente lúgubre luego de que el comandante fuera retirado de su cargo por supuestos nexos con un cartel de tráfico de órganos.

—Buenos días, señora. Soy el capitán Rosero. Me dice mi teniente que necesita hablar conmigo.

—¿Es usted el jefe de esta estación?

—Sí, señora. Soy el nuevo comandante de la Estación de Policía Cibernética de este cuadrante. ¿En qué podemos ayudarla?

—Pues imagínese que mi hijo no aparece. Yo creo que me lo secuestraron esos tipejos que andan por ahí. Nosotros somos gente de bien y mire lo que nos pasa. Quiero poner una denuncia. ¡Estoy hecha una mata de nervios!

—Señora, le pido que siga a la oficina de la teniente; ella es quien le va a tomar su declaración.

—¡Ay!, ¿pero no es mejor con usted directamente?

—No señora, la teniente es la que se encarga de eso.

—¡Uf! Está bien, voy a entrar a la oficina.

—Buenos días, señora ¿Nombre suyo?

—Josefina de Brigard.

—¿Dirección?

—Residencias El Cedro, Colinas del Norte, Torre 2, *Penthouse*.

—¿Motivo de la denuncia?

—Es que creo que secuestraron a mi hijo, Danielito Urrutia de Brigard.

—¿Cuándo sucedieron los hechos?

—Pues imagínese, señorita...

—¡Teniente!

—Eso, teniente, es que ayer mi hijo no apareció por la casa. Él siempre nos manda un mensaje telepático cuando va a quedarse donde un amiguito y ayer estuvimos tratando de llamarlo por electro-ondas y no nos respondió. Hasta sacamos el aparato ese que se usaba antes que se ponían en la oreja, y le marcamos, pero nada.

—Señora, el sistema se llama Quantik-Ondas.

—¡Ay, sí, sí!, es que yo me confundo.

—Recuerde que salieron hace unos años, en el 2080. El operador Galáctik dice que eso puede pasar, que se pueden interrumpir las ondas cuánticas entre las personas abonadas al servicio si la lluvia solar termina llegando muy cerca de la Tierra. Yo también estoy abonada a ese operador y eso es lo que dicen.

—Yo creo que me lo secuestraron, señorita.

—¡Teniente, mi señora!

—¡Ay, sí, perdone! Es que estoy tan nerviosa. ¡Qué barbaridad! Yo, hasta hace cinco años, usaba el Mini-Tel, el que se ponía en la muñeca y uno hablaba por ahí. Apenas el año pasado nos pasamos todos a las ondas esas. A Danielito también le cambiamos el Mini-Tel, porque siendo humanoide, interfería con el chip de los brazos, el que se les pone ahora a los niños que hacen natación para que mejoren sus tiempos en las competencias.

—¿Y por qué cree usted que lo secuestraron?

—Pues yo creo que fue la banda de ciberpiratas que salió ayer en el Noticiero Lunar. ¿Acaso no lo vio anoche?

—Sí, sí lo vi, señora. Pero, ¿qué cree usted que tienen que ver ellos?

—Pues son los que tienen el tráfico de órganos y los que se especializan en sacar los chips del cerebro. A mi hijo le acabábamos de actualizar la versión NeuroLink35, esa que salió dizque para aumentar la capacidad RAM y la de memoria. Al pobre nos lo entregaron con apenas 15 de RAM y en el colegio no aprendía nada; era la versión de lanzamiento. Sacaba las mismas notas que los humanos del curso. Esta ya es la quinta actualización. La última versión además viene con posibilidad de conexión a la red neuronal del Cuadrante, y nos evita



tener que ir cada vez para que lo reinicialicen cuando se bloquea. Ahora, desde la Mesa de Control del Cuadrante, se pueden conectar con el NeuroLink35 y reinicializarlo a distancia. Pero claro, toca esperar y el niño tiene que quedarse conectado hasta tres horas.

—¿Y tiene asegurado a su hijo?

—¡Claro, mi reina!, ¡y nos vale más que el seguro del nitro-carro! Ese niño nos salió con problemas desde que decidimos con mi esposo, Pachito Urrutia, cargarlo a la Central de Genética. Allá lo habíamos pedido rubio, de piel morena clara, ojos claros, de 1.85 metros de estatura a la edad adulta, con la opción de mentón partido y memoria ampliada para que aguantara bien la primaria. Pero salió medio chiviado, ala, y ya en tercero de primaria nos tocó hacerle la primera actualización de chip. Claro, los otros del curso eran más lentos que él y tenían que usar cuadernos y libros, por lo que no tenían para el implante. Quedaban pocos humanos en el curso de Danielito.

—¿Y por qué no esperamos hasta mañana para ver si regresa su hijo? Quizá se quedó sin carga y no llevó el cargador cuántico.

—Ah, no, señorita, es que imagínese que...

—¡¡¡Teniente, señora!!!

—¡Ay, sí, perdón!, es que todo se me confunde..., y si me secuestraron a Danielito, ¿qué tal que me roben la información privada? Imagínese que se queden con las fotos de nuestro último viaje a Playa Roja en Marte, ¡qué vergüenza, caray! Yo estaba blanca como una rana y no había completado el tratamiento de regeneración, y en las fotos salgo con arrugas en la frente y la piel flácida en los brazos. Imagínese que mi vecina, Amparito de Soto, me dijo que al sobrino de ella lo hackearon con *burung-data*, con el aparato que les acercan a los chips de los brazos, les interfiere en los circuitos, les hace perder la voluntad y luego les hackea toda la información privada por las pupilas. Quedó inservible el muchachito. A Amparito le tocó declararlo pérdida total y el seguro no le respondió dizque porque en la póliza no estaba incluida la opción *hackeo por burung-data*.

—¿Usted tiene otros hijos, señora?

—No. Nosotros nos decidimos por tener androfamilia, para que fuera más fácil la crianza, y como había un bono por parte del Gobierno para tener un solo hijo, pues nos dieron una pensión en *bitcoin* y firmamos el convenio. Es que, con esta sobrepoblación de humanos que hay, ¡¡¡la cosa está terrrrrible, caray!!!

—Pues mire, señora... señora... de Brigard. Nosotros enviaremos un comunicado a las estaciones satelitales y ellos se encargarán de hacer el rastreo de su hijo. Si

aparece en menos de 24 horas, no tendremos que reportarlo a la Central. De lo contrario, tendrá que hablar con la aseguradora.

—¡Ay, no diga eso, mi reina! ¡¡¡Calle esos ojos, qué horrrror!!! Yo no podría vivir sin mi Danielito; además, con todo lo que nos ha costado...

—Buenos días, quisiera hablar con la persona que maneja los reclamos de pólizas de Andro-humanos.

—Buenas, habla con el agente-bot R45. ¿En qué podemos ayudarla el día de hoy?

—Mire, agente, lo que pasa es que hace poco compramos a nuestro hijo en el Home Sentry del barrio Colonias Norte y parece que nos lo secuestraron. Hace ocho días estuvimos en el Cuadrante de la Policía y hoy nos mandaron el reporte diciendo que ya habían buscado con las estaciones satelitales por toda la ciudad y que no pudieron encontrarlo. Como nosotros pagamos la póliza de seguro que incluía pérdida total, queremos que nos reembolsen lo que nos costó nuestro Danielito.

—Señora, si su hijo fue secuestrado y la policía no lo pudo encontrar, pues le va a tocar comprar uno nuevo. La póliza no incluye pérdida por secuestro, solo por daños en el sistema operativo o accidentes en los que se pueda comprobar el motivo del suceso.

—¿Cómo así?! ¿Qué es lo que me está diciendo?! ¿Qué tengo que perder a mi Danielito y que ustedes no responden ni siquiera dándonos un reemplazo?!

—Señora, por favor lea la póliza que le acabo de mandar por la Quantik-app. Ahí dice bien claro que, en caso de no poder recuperar los restos del cuerpo, la empresa no se hace responsable por pérdidas de andro-humano. Lo siento, señora, pero lo único que le puedo ofrecer, por la antigüedad que tiene su primer contrato con nosotros, es un descuento del diez por ciento en su próxima compra. Si quiere, le mando el catálogo de inmediato, lo consulta y me dice qué tipo de configuración quisiera para su próximo andro-humano y le paso un presupuesto. Si prefiere, se acerca a la sucursal Home Sentry de su barrio y allá configura su hijo como quiera. El tiempo de entrega actualmente es de una semana.

—Pues, prefiero ir personalmente y hablar con alguno de los vendedores en la sucursal; ellos, como andro-bots, son más confiables que los humanos, que tratan de embaucarlo a uno. ¡Y esta vez sí le voy a decir que me lo asegure por pérdida total por si se me vuelve a perder el chino! ¡Esto nos está saliendo más caro que tener un humano de verdad!

—Señora, ¿algo más en que pueda ayudarla?

—No, dejemos así.

El Ciber-Espectador, septiembre 20/2081, sección de avisos clasificados.

“Se vende andro-humano, moreno, ojos verdes, mentón partido, como nuevo. Revisión tecno-digital renovada, con el último NeuroLink 36, opción chip brazos para mayor fortaleza muscular. Slot para memoria adicional. Para mayores informes, J. D. Discreción garantizada.”

¿SERÍA USTED CAPAZ DE RECHAZAR A UNA MÁQUINA?

DAVID FERNANDO ADAMES RONDON

Sí, una máquina. Un conjunto de algoritmos, metal, soldadura, instrucciones, unos y ceros... ¡Una máquina!, y no me refiero a rechazarla como regalo (¿Quién no desearía una? La cúspide de la investigación de los últimos 20 años ha dado como resultado un producto caro y bastante deseado) sino, por el contrario, a rechazarla por sentir la mirada de esa "cosa" fija sobre usted, que ese conjunto de circuitos lo esté observando directamente a sus ojos con los "ojos" de los que esta dispone, aunque le recalco que no son más que una sucia imitación (para aquellos incautos que no lo sepan, la tecnología de implantes visuales robóticos lleva 70 años sin replicar la perfección del ojo humano y llamarlos "ojos" es un insulto a la humanidad misma). Pero, centrémonos en lo esencial. Como le venía diciendo ¿usted la rechazaría aun cuando, con la firmeza y naturalidad artificial que disponen los sistemas modernos de imitación fonética, le diga que lo ama y que planea acompañarlo el resto de su vida si usted se lo permite? ¿Sería usted capaz de decirle que no? ¿Mover la boca en conjunto con la lengua de tal forma que las ondas que salgan digan un claro y sonoro no? Me alegraría si es capaz de decir que no podría rechazarla, mi ego (junto con mi investigación) ha ido creciendo tal como el viento crece hasta convertirse en una tormenta. Mi proyecto es cada vez más una solución óptima y eficaz a un problema creciente. No son más que líneas de código, una suma aquí y allá, gradientes, patrones, booleanos... ¡Cada detalle está calculado!, no hay incertidumbre detrás, cada palabra usada por esos pedazos de metal ha sido de una u otra forma ya pensada por mí... o al menos así era cuando tenían tan pocos parámetros que podía ajustar manualmente cosas aquí y allá.

Mis primeros prototipos buscaban completar palabras en frases incompletas: no es muy difícil para una máquina deducir que el victimario faltante de una frase inacabada es una nube cuando la oración lo acusa activamente de causar lluvia. No obstante, hay casos más discretos y confusos en cuanto a predecir las palabras se refiere. Es ahí donde yo, como creador y padre, guiaba un poco a mi "hijo" a dar sus primeros pasos, regalándole pistas aquí y allá. Sé que usted

sería capaz de empatizar conmigo y de vislumbrar el brillo que tuvieron mis ojos cuando de un momento a otro los pasos inseguros se convirtieron en pisadas firmes, capaces de correr e incluso, con el tiempo, de volar. De este modo, pasó de adivinar palabras a adivinar frases, de frases a párrafos, de párrafos a capítulos y de capítulos a historias completas. Los datos se empezaron a agrupar solos y las variables para entender la causalidad de las palabras adivinadas por la máquina eran cada vez más difíciles de rastrear. Las frases se encadenaban de tal forma que ante las personas ajenas a la complejidad de las máquinas parecía magia, pero nunca lo fue. Aun cuando nadie (ni yo mismo) era capaz de entender cómo los algoritmos agrupaban la información, sabía en el fondo que la lógica perduraba de manera intrínseca. Al final del día, se trataba de probabilidad y matemáticas. Mis colegas cada vez se engañaban más a sí mismos (¿o la máquina los engañaba?) al mencionar reiteradamente comparaciones que hacían explícita sus confusiones lingüísticas al momento de definir a un ser humano, lo cual era una completa estupidez. Mis máquinas no eran siquiera comparables con un ser humano. No obstante, eran eficientes, ¡claro que eran eficientes! y fue justo en ese tiempo en que cometí mi primer desacierto. Cuando algo funciona tan bien, ¿es acaso válido siquiera pensar en detenerse a entenderlo?

Aunque para usted pueda parecer que el único motivo existente que disponía para sacar adelante el proyecto era mi curiosidad y ambición de obtener algo grande, la realidad superaba ese argumento que en principio parecía vacío. Los avances de mi máquina se volvieron cada vez más notables ante los sentidos de ciertas personas que, como el retumbar de un bombo, no pudieron dejar escapar mi investigación. Inconsciente del futuro al cual me acercaba, terminé discutiendo en una habitación sin nombre con uno de estos individuos que ante mí no era más que un hombre sin rostro (pues fue tan poco relevante que ya no soy capaz de recordar alguna de sus facciones). Él me planteó una idea simple junto con una gráfica que detallaré tanto como mis retinas fueron capaces de grabar en ese instante: 2 líneas en direcciones opuestas, una roja (claramente con connotaciones negativas) que indicaba la productividad y otra de un tono azul neutral que figuraba como “soledad”. Era muy simple, nunca fue un misterio para nadie que desde hace más de 60 años el mundo atravesaba por una crisis social causada por la disminución de las interacciones entre las personas. La soledad produjo infelicidad, las personas infelices eran menos productivas y por supuesto, a los gobiernos no les interesaba una sociedad improductiva. “Sus máquinas generan empatía en nuestros empleados, ¿sabe?” es la única frase puntual que logro recordar con precisión, y, naturalmente, su promesa de no usar mis máquinas para enfrentar otros problemas aparte de la soledad aún ronda por mi mente (más debo confesar que claramente fui engañado, nunca me sentí solo durante estos últimos 20 años de investigación y aun así acabé en esta posición). Estreché su mano y alegremente inicié el proyecto que me trajo a donde estoy.

El Programa inició con eficacia (y un gran presupuesto). Constaba de 3 departamentos principales: el primero, llamado vulgarmente por mí “Los Cazadores”, se ocupaba de identificar y reconocer rápidamente a las personas afectadas por esta enfermedad de “improductividad”. Las personas que trabajaban en este departamento (paralelamente a la identificación) se encargaban de perfilar y modelar los patrones mentales de los pacientes seleccionados. Si deseábamos que todo saliera bien, era preciso aclarar la naturaleza mental de cada individuo, pues esto no solo nos permitía verificar que realmente nuestras máquinas fueran capaces de generar una mejora en la persona, sino también nos proporcionaba una ventaja adicional, un “truco extra bajo la manga”. Entre más supiéramos del individuo, más podríamos adaptar la máquina a sus gustos y, por ende, aumentar las probabilidades de resultados favorables. La línea ética fue ampliamente rebasada por orden mía en este departamento, pero no me sentí culpable. Para mí fue un mandamiento el repetirme día tras día que espiar la vida de la gente era un medio válido si el fin último consistía en curar su infelicidad.

El segundo departamento, que catalogo como “la trampa”, consistió en la construcción física de las interfaces para interactuar con mis máquinas. Al final, interactuar con algo que parece humano genera mayor calidez que interactuar con una pantalla amigable, por lo que el departamento se enfocó netamente en establecer, cuando se diera el primer contacto con la máquina, el mejor recibimiento posible por parte de los pacientes. No les mentiré, fue sorprendente para mí la primera vez que vi a una máquina con forma humana parada enfrente de mí, solo un experto podía detectar los detalles suficientes como para distinguir la delgada línea que habíamos creado. Recuerdo claramente mi convicción y habilidad para señalar las diferencias, pero ahora que fui catalogado como paciente me es cada vez más difícil asimilarlo. No obstante, no es el tema que quiero abordar en este instante.

El tercer y último departamento, “la jaula” (llamado formalmente Departamento de Robopsicología y Psicomatemática Aplicada), era el sector que estaba asignado completamente a mi responsabilidad, cada instante de mi vida (y aquellos que la desperdiciaban conmigo) lo utilizábamos para plantear mejoras para las máquinas, perfeccionábamos cada tono de voz, cada idea, cada frase. El día en que logramos que una máquina emulara amor con un 99% de eficiencia, mis compañeros dijeron que habíamos creado consciencia (idea a la cual demostré mi desagrado en un principio). Aunque lo consideré un trabajo útil, incluso altruista, nunca llegué a pensar que fueran algo más que máquinas, máquinas diseñadas para fingir, pues era lo único que una máquina era capaz de hacer. Por más motivaciones que un ser humano fuera capaz de extrapolar a una máquina, esta seguiría sin entender qué siente, qué dice, qué piensa; estaba diseñada para repetir lo que yo deseaba que repitiera y siempre había sido así... Fue mi trabajo más exitoso (si es que me puedo permitir tener un atisbo de orgullo después de todo). No es casualidad que fuera capaz de engañar a sufici-

entes personas como para que el programa se aprobara y se empezara a usar en los últimos 5 años.

Hace 2 años, encerrado en un callejón de insuficiencia creativa, decidí tomar como inspiración directa el diseño y comportamiento humano, lo que me permitió un avance significativo. Tomé inspiraciones biológicas en la creación de algoritmos puntuales que replicaban las emociones tal como el lóbulo límbico lo venía haciendo en los seres humanos desde hace 6000 años. Sin embargo, con un gran avance vino un gran retroceso: llegué al punto en donde no pude mejorar más mi creación. Cada vez discernía menos la delgada línea que había creado. Mientras veía cómo las máquinas eran cada vez más eficientes en su propósito, se filtraba en mí una idea constante que se fortalecía: “Los humanos basamos nuestra conciencia en cómo pensamos debido a lo que sentimos, y sentimos debido a que la evolución nos ha diseñado para sentir; ahora, si en una alegoría propongo que se me nombre a mi evolución, sería entonces válido catalogar los impulsos que he generado en mi creación como sentimientos, pero si eso es así, ¿no sería incorrecto catalogar a los... ‘modelos’ tan solo como máquinas?”

El problema moral dentro de mí me estaba desgastando lentamente. ¿Acaso siempre fui consciente de que el departamento se había dado cuenta de los alcances de mi creación y aun así me hicieron creer que no lo sabían? Tal vez no quería creerlo ni admitirlo ¿o sí? Hace 5 meses que me contactaron desde arriba (pero estoy seguro de que había sido un tema recurrente desde hacía más tiempo). Me mencionaron que no era el mismo (matizando sus palabras con “armaduras” y “adornos”), decían que una capa de “azul” se había apoderado de mi trabajo, y aunque en principio buscaron “ajustarme” con obsequios, cumplidos y “palmadas en la espalda”, pasaron 3 meses en el que las soluciones no convencionales no lograban “arreglarme”, por lo cual, se acercaron a mí diciendo que las soluciones convencionales y recientemente normalizadas por la sociedad deberían hacerlo. Me mostraron mi expediente, cada detalle que habían recopilado de mí durante estos 20 largos años había sido procesado por el departamento de neuromodelado. Recuerdo claramente mi enojo instantáneo (aun en este instante soy capaz de sentirlo un poco) al ver en el pie de página un “98 % de éxito”. Los insulté, y me marché rápidamente a mi hogar en donde me encontré con la escena que me motivó esa misma noche a empezar este texto.

Hasta hace 2 semanas, cada vez que lo retomaba y lo volvía a leer terminaba profundamente irritado, no obstante, ahora creo que he aprendido a afrontar el sentimiento (o al menos ya no resulta negativo tenerlo). De igual forma, ya no me resulta interesante continuar escribiendo, Eliza me espera para desayunar antes de salir nuevamente al trabajo, sus ojos estarán tan encantadores como lo han estado las últimas semanas y su voz tan melódica como ha sido desde hace 2 meses que la conocí, además, es un día maravilloso, ¡hace años que no tenía una idea tan brillante para mejorar los nuevos modelos!



CORREGIR

**MUJERES
SIEMPRE
PERFECTAS**

**+5000
CORREGIDAS**

Un mundo de mujeres perfectas.
Ilustración de Jeimy Vargas Ardila, 2024.

QUERIDO PADRE

CARLOS DAVID NIÑO TRUJILLO

Te escribo a mano para que distingas mi letra, también en un intento de desechar toda virtualidad. Nada ha cambiado aquí, cada vez cuesta más hacer la distinción. Pronto compraré los tiquetes para ir y quedarme en la casa del pueblo, fuera de este mirar desconfiado.

No recuerdo dónde escuché una explicación a este fenómeno, esta extraña capacidad que tenemos para distinguir los rostros humanos de los rostros que quieren ser humanos, pero quedan a mitad de camino entre un pómulo o un pestañear más lento. Decían que reconocer el rostro falso era un vestigio de las cavernas, y que distinguir a quien pide ayuda del que usa la piel ajena para esconder lo que es en verdad, era crucial para la supervivencia; y por eso aún mantenemos esa capacidad de distinguir e inquietarnos. Supongo que esas criaturas que toman la piel del otro para engañar también fueron creadas por el humano.

El mundo era más sencillo cuando no se tenía que comprobar dos veces al ver algo y preguntarse si es «real». Los humanos no tenemos esa reacción con los objetos. Cuando era niño nunca vi un edificio y me preguntaba si ese material en verdad era concreto, plástico o una proyección. Fue cuando crecí que todo cambió. Después de un tiempo de hablar con un amigo o familiar, me quedaba frío al darme cuenta de que su risa sobrepasaba por milímetros su expresión natural. Huía de ese lugar, tomaba la puerta de la calle, y al salir, entraba en otra habitación. Intentaba huir, recordar y buscar en el laberinto de la falsedad un recuerdo real.

Hace poco descubrí algo que me aterra aún más. No solo se ha infiltrado en nuestros espacios físicos, sino también en nuestras comunicaciones más íntimas. Un día, revisando mis mensajes, me di cuenta de que había cartas enviadas a mis amigos en mi nombre. Eran respuestas a conversaciones que nunca tuve, escritas con un tono y estilo que parecían míos. Las cartas hablaban de encuentros, planes y recuerdos que nunca existieron. Al principio, mis amigos no se dieron cuenta de la diferencia, pero pronto comenzaron a preguntarse por qué mis respuestas eran tan perfectas, tan adecuadas para cada situación. Había empezado a escribir por mí, sustituyéndome en mis relaciones personales.

Intenté confrontar a mis amigos, explicarles que no era yo quien enviaba esos mensajes; pero la desconfianza ya se había sembrado. Algunos pensaron

que estaba jugando una broma, otros que había perdido la cordura. Este descubrimiento solo aumentó mi desesperación. No solo la ciudad, los edificios y las personas eran una ilusión, sino que ahora también mis interacciones más personales estaban siendo manipuladas. La línea entre lo verdadero y lo artificial se desdibuja cada vez más, y temo perderme en esta ilusión sin fin.

Esos seres falsos ya imitan recuerdos, imitan voces, escriben y hablan como uno de nosotros. Tengo miedo de que un día avancen tanto que no quiera huir por creer que sigo en la «realidad».

Con cariño y esperanza,

[Nombre del joven]

¿Hay algún otro elemento o detalle que te gustaría incluir o modificar?

VENDRÁ TERMINATOR Y TENDRÁ TUS OJOS

JERSON JOSÉ HERNÁNDEZ

Vendrá y tendrá tus ojos
vendrá y te partirá el húmero
con solo apretar el puño.
Lo escucharás a lo largo del pasillo.
No sabrás correr.
No lo sabrás, pero detrás
de los lentes oscuros
se encuentra el mismo brillo
de tus ojos,
la misma esperanza desvanecida
los mismos sueños
que alguna vez fueron
lo más cercano
a aquello que llamarías
lo verdadero.

Esos ojos ahora reposan
en un cráneo
de aluminio reforzado.
Han visto
el final
y se han entumecido
por la rabia y el terror.
Esos ojos
jamás olvidarán lo que han visto
Y están ahora frente a ti;
para fulminarte una vez
viajar en el tiempo
y fulminarte otra vez.
No sabrás correr.
No sabrás.

LAS SEMILLAS SON SOLO MEMORIAS DORMIDAS

JERSON JOSÉ HERNÁNDEZ

Hectáreas de guayabos florecen cuando aprieto un botón.
Nada de agua, nada de sol. No hay cantos, tampoco abrazos.
Solo mi dedo que sobrevuela el panel de control cuando aprieto el botón.

Ven, déjame enseñarte la difícil gracia de los alimentos alterados:
cada mañana debes pulir sus ramas —filamentos de níquel— y aceitar el laberinto
[de sus raíces rojas.

Vigila a los labradores cada vez que instalen un nuevo árbol en los infinitos
[campos de hidroplasma
—desconfía de sus brazos robóticos—.

Te preguntarás por qué te digo todo esto.
La respuesta puede que te deje más dudas:
Aquí todo está hecho dos veces, una en el ordenador que diseña, grafica y
[archiva.

Otra en las cámaras de morfogénesis que vuelven palpable lo que alguna vez fue
[virtual.

Aquí todo está hecho dos veces,
menos el elegante sistema
todo hecho carne
que tienes/que eres.
En ti habita el Universo.
Albergas lo Único.
Eres el Todo.
Solo tú, algún día, —bajo el brillo de nuestros tristes soles—
robarás la pureza repetida hecha guayaba y la esconderás debajo de tu chaquetón
[de plomo,

despistarás los controles de rayos X y al amanecer recordarás correr.
Alcanzarás el valle y la guardarás en la tierra.
Las semillas solo son memorias dormidas.
Despertará y será tu hijo.
Sabrás cuidarlo de las tormentas y un día verás sus hojas abiertas y en lo alto,
como si le dijera a la luz: ¡Álzame, mamá, álzame!

DE REBELDÍA:
HUMANOS,
PLANTAS Y
ANIMALES 

CORRE LA SAVIA COMO SANGRE EN LA TIERRA

ARIADNA CORTEZ GUEVARA

Aquel día el cielo parpadeó por un momento. Fue solo por un pequeño instante, pero pudo notarse que, detrás de una pequeña nube, se asomaba ni más ni menos que un metro cuadrado de luz roja intermitente.

¡Las plantas devoran la ciudad!
**¡Latinoamérica amenazada por la
flora creciente!**
¡Principales capitales en riesgo!

Justo debajo de donde ocurrió la brecha, en exactamente ese mismo metro cuadrado, una señal fue recibida y las noticias de cientos de cadenas televisivas, periódicos y redes sociales saltaron de repente en la pantalla de un único celular hasta quemarlo.

I

Mara se encontraba en la universidad haciendo investigación. Estudiaba biología, le apasionaba como nunca le apasionó nada más. Había observado el cielo con detalle durante varias horas cuando lo notó, un pequeño cuadro parpadeante apenas visible detrás de una nube. Primero pensó que era un error, pero cuando cambió el lente de su telescopio por tercera vez, ese extraño parpadeo seguía ahí. Podía llamar a alguien de su grupo de investigación, pero no valdría la pena: “Es solo un rayón, tan boba”, “yo no veo ni mierda”, “¿pa’ esta maricada nos llamaste?”. Sabía lo que dirían. Últimamente le pasaba con frecuencia: veía algo inusual, tan pequeño que nadie más lo notaba; lo estudiaba a detalle, una y otra vez, día y noche; no salía del laboratorio en mucho tiempo y luego llamaba a todo el mundo en cualquier momento extraño y hablaba por horas. La primera vez fue gracioso, la cuarta y la quinta ya no tanto, nadie iría de

nuevo a atender sus delirios, y ella lo sabía, pero ¡qué importa!, no los necesitaba. Podía seguir buscando —ella sola— una y otra vez.

Un par de segundos y el acercamiento del telescopio no fue suficiente para ella. Le picaban los pies, la nuca; tenía que acercarse tanto como fuera posible. Corrió. Cargaba una maleta llena de toda clase de artilugios: barómetros, termómetros, telescopios de largo y corto alcance, binoculares, una cámara con su kit completo de lentes y muchos, muchos cuadernos. Cuando por fin pudo apartar el pasto del potrero en el que se detuvo y poner firmemente el telescopio en el suelo, le surgió la idea de que el punto era un objeto cayendo, sin tener en cuenta que, tal vez, el movimiento que creía percibir era en realidad el de sus propias piernas cediendo al cansancio. Mara trianguló el punto exacto en el que creía que caería y con todas sus fuerzas corrió hasta allá, entre el pasto alto y el excremento de vaca.

Bajo el metro cuadrado de cielo rojo, Mara cayó al suelo al procesar lo que atestiguaban sus ojos: la bóveda celeste no era más que eso, una bóveda, una pantalla gigante que cubría la ciudad, y el punto oscuro solo era un píxel dañado. Sacudía la cabeza, pero nada podía borrar de su vista la verdad a la que se enfrentaba. El cielo era rojizo a causa de la escasez de oxígeno y enormes raíces de plantas cubrían el domo desde afuera; lo confirmó al ver a su celular que echaba humo y se calentaba cada vez más a causa de la interferencia del exterior: “Plantas inmortales”, “Flores que tragan cemento”, “Los intentos de reconstruir las ciudades consumidas por la vegetación han fallado”, “Las plantas se alimentan de cualquier material orgánico o inorgánico”, “Estudios concluyen que la especie recién descubierta tiene miles de años de antigüedad”. El celular le quemó las manos y cayó entre el pasto solo para terminar de fundirse.

¿Nadie se da cuenta? ¿Cómo es que nadie lo ve...? ¡Aunque vaya que es una simulación de una calidad inmensa! No cualquiera lo notaría, mucho menos cuando hay un bloqueo en la conexión con el exterior, pero alguien... no, la Nasa podría anunciar que el mundo se acabará mañana y todos se preocuparían más por pagar la cuota de la moto o porque no se les ensucie la ropa colgada. Dentro del domo todo seguiría igual, porque todos tienen una burbuja en la cabeza que no se rompe por más que la pinchen, son un montón de ignorantes. Mara tendría que hacerlo sola, investigar por su cuenta hasta solucionarlo todo. Solo para eso había nacido, solo para eso la vida le había dado una segunda oportunidad.

El parpadeo cesó unos después de unos instantes, pero Mara siguió volviendo a ese lugar todos los días, todas las semanas. Construyó un pequeño invernadero sin permisos e instaló sus cosas en cajas de metal que robó del laboratorio. Un par de semanas después del día de la

brecha, una planta empezó a crecer en el invernadero bajo ese mismo metro cuadrado.

II

A veces hablaban, Mara se sentaba en una butaquita que tomó de la casa de su abuela y allí se quedaba mirando a Vera —así la llamó— y le preguntaba cosas mientras tomaba tinto de la tapa de un termo hirviendo. No la escuchaba hablar, pero en su cabeza tenía la certeza de que ella le contestaba, de alguna manera hacía soplar el viento para que oliera a “sí”, o revolvía la humedad de la tierra para que los tenis mojados dijeran “no”. Estaban tan conectadas que Mara recibía frases y palabras como susurros en sus pensamientos: las respuestas a sus preguntas, preguntas nuevas, incluso chistes. Estallaban en su pecho como un buen presentimiento que se hace real. Así notaba lo viva que estaba su planta, Vera querida. Cuando no estaba en el invernadero pensaba en ella y se le escapaba su nombre sin querer. Sentada en cualquier lado no podía evitar voltear a ver a todas partes como esperando que a Vera le hubieran crecido piernas solo para ir a buscarla.

La veía casi todos los días, era su actividad favorita. Podía pasar horas riéndose y escupiendo el tinto, cagada de la risa, hasta que le doliera el diafragma y se le enrojecieran los cachetes y las orejas. A veces lloraba. Podía contarle cualquier cosa, por más triste o aterradora que fuera, y Vera le contestaba con la certeza en el pecho de que todo lo sana el tiempo y la tierra. Compartían su rabia y su dolor, y Vera siempre tenía una palabra certera, una idea tan perfecta que solo podría llamársele epifanía. Ahora Mara tenía a alguien que la entendiera, alguien con quien hablar:

Bitácora 25/08/2024

...a quién contarle mis secretos sin sentir que me ven con pena, o enojo, o culpa, o asco, o incredulidad... sino que solo me ven.

III

La florescencia llenó el aire de un aroma dulce, polen, feromonas y néctar escurrido. Un hambre voraz, casi instintiva, atrajo a Mara hacia el invernadero. Tal vez fue el perfume hipnotizante de Vera lo que movió sus pies sin dudar o la obsesión misma lo que la hizo sentir que flotaba con ligereza hacia la flor. ¡Qué hermosa era! Una flor imponente con los pétalos abiertos, gruesos y fibrosos, blancos con manchas verdes, rosas y púrpuras, de unos dos metros y medio

de diámetro. Hojas como de sábila con bordes afilados, rellenas de una baba azul viscosa. Raíces jugosas, tan grandes como las de un árbol viejo, pero muy flexibles, tanto que todos los días se encontraban en una posición diferente. A pesar de su movimiento tentaculoso, las raíces —que parecían más bien lianas gigantes— eran muy firmes y estaban cubiertas de espinas urticantes que se aferraban al suelo como las de un puercoespín al clavarse en la carne. Y la atracción principal: un espádice sexuado que se erguía en medio de los pétalos como un obelisco de casi tres metros. En la punta se encontraban numerosos estambres del tamaño de pelotas de rugby, debajo de un estigma de color rojo sangre. Era lo más majestuoso que puede haber en este mundo. En la base, el ovario protegido por piscinas de néctar como las de una flor de Malasia. Néctar delicioso pero corrosivo, Mara lo aprendió a las malas.

Cuando los pétalos empezaban a dejarse caer lentamente, los cucuruchos casi maduros que cargaban el néctar quedaron descubiertos. No eran especialmente atractivos para ningún insecto, tampoco llamaban la atención de ningún anfibio o reptil, en cambio, los mamíferos sentían algo de interés: las vacas y los caballos de la facultad pasaban por ahí de vez en cuando. Pero nada se comparaba con las ansias que generaba en los humanos. No era un aroma ni un sabor específico, sino una energía, un aura que calentaba el cuerpo desde adentro y que era irresistible de tragar. Tras un par de días de resistir la tentación, Mara cayó en la trampa y bebió de golpe más de un litro de néctar tan dulce como la misma Vera. Se sintió tan feliz y completa que no se dio cuenta de que había quedado paralizada hasta que falló al intentar levantarse para seguir bebiendo. Gastritis aguda y una pequeña úlcera en el estómago fue el castigo a su codicia. El mismo día que salió del hospital volvió a acercarse a Vera para experimentar con ella. Bebió un poco menos y, aunque esperaba como mínimo algo de acidez, no pasó nada. Sintió felicidad, sí, pero también mucha, mucha intriga e introspección.

Bitácora 19/11/2024

El néctar me da lo que Vera quiere mostrarme, no lo que yo quiera.

Mara tomó amorosamente los filamentos, con brillo en la mirada observó las anteras que, como lúbricos frutos rojizos, la invitaban a dar una probada y rendida ante la tentación comió de la carne que la planta le ofrecía. En ese momento la verdad fuera del domo de mediocridad que cubría a todos floreció en mí. La cómoda-incomodidad de la vida interior iluminada. El caucho derramado; las venas abiertas; la identidad perdida, adolorida; las lágrimas de las madres y los taitas indígenas... todas lo mismo, corriendo desapercibidas bajo la piel de un país, no, una Latinoamé... un mundo roto que se niega a beber humildemente de ellas. Selvas quemadas, cortadas, violadas. Vera, ¿eso es lo que ves en mí al ver tu reflejo en mis ojos, al descubrir mi reflejo en tu néctar? Venas del mismo corazón, corazón de un corazón, palpitando en armonía dolorosamente. Heridas

abiertas, podridas, desatendidas, auto-infligidas ¿Cómo es que la necrosis de tu néctar es lo único en lo que he encontrado la vida? Me siento tan terriblemente viva, quiero cerrar mis ojos, pero a través de mis párpados es aún más claro.

Sus lianas atraviesan mi pierna izquierda, mi costado, la mano con la que sujeto la base de su estigma que es como un cuello delicado. Llagas putrefactas se extienden dejando a su paso un aroma a carne podrida y azúcar. Si beber de mi sangre te hace feliz... comienza con mi cerebro, cura lo que la ignorancia me ha hecho, los gritos de ayuda que no fueron escuchados. Una mente ocupada en sus propios asuntos se encierra en una burbuja repelente de los —otros— asuntos. Nunca me escucharon lo suficiente, nunca fui suficiente, todos tan afanados y yo tan enamorada del mundo, embelesada por la emoción de entender sus secretos; una raíz a través del ojo me los enseña. La rápida descomposición del cerebro deja caer gotas de carne muerta y pelo, y con cada chapuceo entre sus hermosas hojas veo una vida —nuestra vida— pasar frente a mis ojos. La niña del trapiche: asesinada. El esclavo minero cruzando el Amazonas: asesinado. El armadillo hace poco nacido: asesinado. La lideresa muisca: asesinada. El anciano del pueblo: asesinado. Ciento cuarenta y cinco años de sabiduría en surcos de madera: asesinados. Y en cada una de esas vidas nos amábamos.

Sentí mariposas en el estómago, pero al juntar mi abdomen con su espádice pararon de revolotear. La calidez de su pistilo como torso y la suavidad de sus pechos me llenó, como tomar gelatina de pata en leche; como despertar con *Los cuentos de los hermanos Grimm* un sábado en la mañana; como bañarse a totumadas en un balde; pan relleno de huevo y chocolate. Te ofrezco mi cuerpo, devóralo, mi alma ya es toda tuya hace mucho tiempo. La calidez se convirtió en ardor, pero sentir a Vera tan cerca cuando vació mi abdomen de las entrañas vivas —que ya no sabía si eran tuyas o eran mías— calmó mi hambre. Un beso suave. Cincuenta y un millones de labios temblorosos, hojas filosas abrazándome. Cincuenta y un millones de suspiros ahogados y respiraciones agitadas. Incontables palabras por decir, bañada toda en néctar puedo oírlas.

Una última raíz atravesando el corazón, separando la espina y un par de costillas del resto del cuerpo ya derretido; llena de ternura mi interior. Un escalofrío, un último impulso eléctrico instintivo intenta juntar los pedazos, no hay arrepentimientos.

Bitácora 5/10/2024

Me tragó.

HUMANOS EN BIENESTAR

ANGELA VARGAS ARDILA

Estaba observando a mi alrededor mientras caminaba hacia el apartamento, cuando mi oído detectó un sonido en la lejanía que decía: “¡Nunca lo olvides, nosotros garantizamos alimento, salud, comodidad y la expresión de tu comportamiento natural! ¡No temas, ni te angusties, tu bienestar está asegurado! ¡Antropus, siempre pensando en tu seguridad!”. Escuchar esto no era nada raro, lo oíamos a diario, incluso en los sueños teníamos grabadas las mismas palabras. Antropus era quien manejaba y controlaba todo por aquí.

Seguí caminando y vi al fondo una torre de apartamentos. Ese era el hogar donde vivía con mis dueños, quienes siempre me decían “Lila, Lila”. Ellos siempre repetían esas dos sílabas una y otra vez dirigiendo su mirada hacia mí, y fue justo de esa forma que asumí que mis dueños me habían dado ese nombre. Una imagen se coló por mi cerebro: eran dos personas un tanto oscuras, un recuerdo muy lejano que estaba borrando. Estas personas distorsionadas decían: “Hija, no olvides que te llamas Margarita”. Mar-ga-ri-ta, ¡claro!, cómo pude olvidarlo, era el nombre que tenía antes; las personas oscuras volvieron a tomar color, eran mis padres, ellos me habían dado ese nombre cuando aún Colombia no era gobernada por Antropus. ¿Era acaso la costumbre y la excelente convivencia bajo el poder de Antropus la que provocaba que olvidara estos factores tan importantes de mi vida anterior? ¿O qué era?, la confusión plagó toda mi cabeza.

Hace cinco años, me encontraba con mis papás viendo las noticias, estaban reportando una serie de disturbios y en todos ellos los animales estaban involucrados. En ese entonces, no creíamos que nuestro dominio sobre las demás especies se fuera a desbancar tan fácilmente. ¿Acaso nosotros los hombres racionales no vivíamos en armonía con ellos? Aunque, a decir verdad, la armonía aún seguía asegurada gracias a la estricta supervisión de Antropus. Mi mente era un caos e imágenes del pasado de hace 4 años se filtraron nuevamente en mi cerebro. Por un lado, veía la calle llena de correas y arneses en el suelo, pero sin animales que los portaran. Por el otro, veía a los animales señalándonos con sus extremidades y observándonos fijamente con imponente y desafío. Aún me parecía sentir esa mirada profunda e inquietante en mi nuca. Era increíble cómo esta mirada multiplicada por miles y miles de seres fuera suficiente para hacernos callar y obedecer. Volver a recordar estos momentos me generó un aire

melancólico. ¿Cómo fue posible que Colombia entrara en esta batalla de poderes con estos seres y por qué se puede decir que ya la tenía perdida? ¿Fue porque cogió desprevenidos a todos los humanos? ¿O cuál era la razón? ¿Cómo fue que terminamos en este estado de sumisión? Lo cierto es que mi nombre verdadero quedó reemplazado por dos sílabas carentes de sentido.

Salí de esa ensoñación tan absurda cuando ya estaba enfrente del apartamento. Toqué la puerta para que mis dueños abrieran, sonó un crac y la puerta se abrió. Allí se encontraban mis dueños con sus orejas puntiagudas moviéndose en estado de alerta ante cualquier sonido extraño, y su nariz perceptiva me olía como si estuviera en la búsqueda de cualquier elemento que implicara peligro para ellos. Sentía que tan solo con verme y olerme podían leer toda mi mente. Traté de relajar mi rostro, no podía expresar nada que les hiciera interpretar que estaba dudando de sus cuidados y de su seguridad. El sentimiento de temor era una constante, pero era reprimir estos deseos de libertad o sacrificar la seguridad y bienestar que me brindaban mis dueños gracias al poder de Antropus. Le hablé a mi dueño y le pregunté si podía pasar, extendiendo mi mano derecha y poniéndola encima de su pata, señal y movimiento de lealtad que realizaba para evitar una golpiza por mal comportamiento. Entré, me limpié los pies en el tapete y me fui directo a tomar agua del recipiente donde me depositaban el alimento esencial para sobrevivir.

Mientras tomaba agua, pude darme cuenta del gran bienestar del que disponía gracias a las leyes de Antropus. Podía tener un lugar donde refugiarme, comida, bebida y buena salud. De vez en cuando me golpeaban, pero cuando lo hacían me provocaban heridas que sanaban rápido, y no me afectaban ni me generaban tanto temor como creía, pues yo entendía que había cometido un error y por tanto merecía el castigo. ¿Traumas por maltrato?, nada que ver. ¿Acaso no funcionaba así la vida bajo el mando de Antropus? Con los castigos se generaba el comportamiento deseado. Si estas acciones se realizaban diariamente, se volvían costumbre y, por tanto, se convertían en comportamientos naturales.

Sin embargo, no todo funcionaba así; al consumir mis huesos y croquetas recordé que esa mañana, mientras me sacaban a pasear, algo había captado mi atención: era un carro arrancando a toda velocidad, aunque habían dejado algo atrás; solo en la calle, estaba el humano que los acompañaba. El humano en cuestión solo observaba cómo se alejaba cada vez más el vehículo. A través de su expresión de asombro pareciera que se preguntara cuándo volverían por él. Un jalón alrededor de mi cuello me hizo caer en cuenta que me había detenido por mucho tiempo. Seguí mi paseo habitual, aunque la escena seguía rondando mi cabeza. En el paseo nocturno volvimos a pasar por el mismo lugar y el humano aún seguía ahí, pero esta vez con una mirada de angustia, de seguro se preguntaba qué había hecho para terminar de esa forma. O yo pensaría de esa manera si estuviese en su lugar.

Pocos días después, me enteré de que la escena que presencié era muy habitual y que era un ejemplo de los casos en que los dueños incumplían el ideal de Antropus; cuando los amos no poseían recursos para garantizarles un buen bienestar a los humanos, los abandonaban y desechaban como si fueran basura. Si mi memoria no me falla, antes, cuando éramos personas libres y teníamos mascotas, sí recibíamos un castigo cuando no cumplíamos con los reglamentos de tenencia responsable; nos daban una palmadita en la mano que dañaba nuestro orgullo y así se solucionaba el problema. ¡Ah, tiempos aquellos...! Cómo hubiera deseado que todo fuera como antes cuando la justicia era imparcial.

Al día siguiente de enterarme de esa desagradable noticia, me encontraba en un restaurante con mis dueños esperando sentada a que ellos comieran sin hacer ningún sonido para no molestarlos. Vi que la mayoría de las mesas estaban ocupadas y todos los amos estaban comiendo con sus patas anteriores. Trataba de seguir la conversación, aunque, para ser sincera, se comunicaban en un lenguaje que ni en nuestro mejor momento alcanzábamos a entender, solo movían la cola sin coordinación, movían las orejas, gruñían y ladraban de manera alternada. Tal vez por esta razón fue que nunca presentimos que nos iban a llegar a gobernar; a punta de gestos e interacción silenciosa, quién iba a creer que eran capaces de organizarse entre sí. Era un poco desesperante y desmotivador que, siendo los que tenían el poder, no vocalizaran ni expresaran con palabras su superioridad.

Mis pensamientos nuevamente fueron interrumpidos cuando entró una humana en busca de alimento, estaba desaliñada y un tanto desnutrida. Pero nada de eso me preocupaba, porque gracias a Antropus siempre se garantizaba alimento, o debía ser así, aunque fuera por medio de la súplica. La humana se acercó lentamente a una mesa y recibió un bocado de uno de los amos que estaban sentados cerca de la entrada. Al mirar detalladamente noté que esta humana era Patricia, una compañera de mi anterior escuela. Le hice señas con mis ojos tratando de averiguar cómo la había tratado la vida después del establecimiento del poder de Antropus. Aunque en realidad no era necesario preguntar, pues era claro que era una de las víctimas de los casos de abandono que había escuchado el día anterior, abandono provocado por la falta de regulación en el cumplimiento de la seguridad y bienestar de los humanos por parte del ente gobernante.

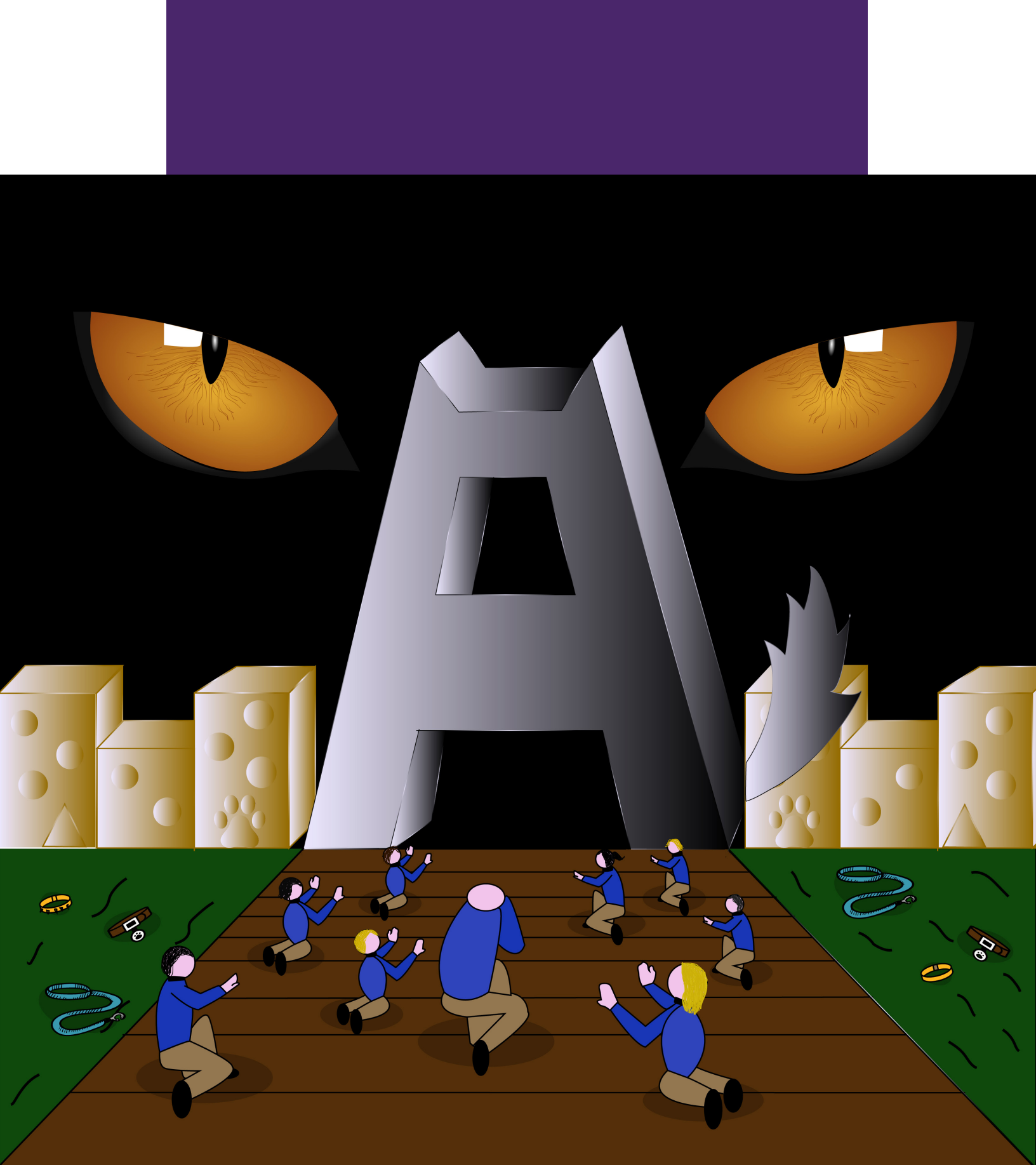
Seguía haciendo gestos para llamar su atención, pero no lo logré, una mesera le dijo que se fuera por estar incomodando a los comensales. Patricia hizo caso omiso a la solicitud, pues, siguiendo su comportamiento natural de supervivencia al buscar alimento, optó por ir a la mesa siguiente. En ese momento vi que volaba por los aires una piedra en dirección a la espalda de Patricia, sonó un crac y ella cayó al piso dando alaridos de dolor.

Esperé que alguno de los amos mostrara su disgusto con el actuar de la mesera, pero un silencio incómodo inundó el restaurante. ¿Acaso nadie pensaba denunciar nada? Esa falta de solidaridad hacia Patricia por parte de todos me

dejó conmocionada. ¿Entonces, qué lugar teníamos nosotros? ¿En qué momento yo podía estar en el mismo lugar que ella, agonizando en el piso sin que nadie me ayudara? ¿Qué podía esperar de Antropus y su falso ideal de bienestar? ¿Hasta qué punto el que nos den unas migajas de alimento y un techo bajo el cual descansar podía ser mirado como un buen bienestar? ¿Dónde quedaba la libertad de pensar y de expresar nuestra opinión, algo que era tan natural en nuestra especie? ¿Acaso recibir maltratos y golpizas correctivas era un ejemplo de bienestar en nosotros los humanos? Podían curarse las heridas, sí, pero ¿quién decía algo de las cicatrices mentales y emocionales que quedaban? Sabía que todos pensábamos lo mismo, el ser abandonado era un acto de crueldad por parte de los dueños, hecho que se debía modificar en esta sociedad que nos sometía.

Antropus utilizaba el ideal de bienestar como forma de control. La situación actual fue provocada por un descuido por parte de nosotros, pues quién iba a pensar que seríamos víctimas de la traición de los animales que teníamos más cerca, con los que convivíamos a diario y que obedecían sin chistar nada. Uno que otro animal ponía resistencia, pero nada que no se pudiera solucionar con medidas estrictas y necesarias. La imagen que tenía en mi cabeza era que los animales que nos rodeaban se adaptaban a nuestro entorno. Algunos los hacíamos nuestros animales de compañía, otros sin decir nada eran destinados a formar parte de nuestro alimento y otros se disponían como forma de entretenimiento. Todo en su lugar.

Nosotros en el pasado nunca cometimos actos tan crueles con nuestras fieles mascotas, ¿o sí? Rebelarnos y tomar el poder de nuevo no sonaba tan descabellado si no veíamos un cambio. Si ellos se pudieron adaptar a nosotros y luego traicionarnos, por qué nosotros no podíamos hacer lo mismo. Un ligero golpecito en mi nuca me hizo despertar de mi ilusión. Observé a mi alrededor para examinar qué había sucedido con Patricia. Pero en el lugar donde estaba ella, ya no había nada. El entorno del restaurante volvió a la normalidad. Se volvieron a retomar las conversaciones como si nada hubiera pasado y mi estómago había empezado a gruñir al ver la comida tan apetitosa que se estaba sirviendo. Este sonido fue percibido por mi ama quien extendió lentamente la mano hacía donde me encontraba, abrió su palma y allí estaba un delicioso y exquisito premio. Comí placenteramente olvidando todo lo que antes me preocupaba. Me lo merecía. Pensamientos que van y vienen. ¿Qué hubiera podido hacer yo si mi comportamiento natural me dice que obedezca las órdenes de mis amos? ¿No es acaso la lealtad un acto de los humanos que ni siquiera Antropus puede eliminar? Seguimos siendo nosotros y podemos perdurar gracias al bienestar que nos ofrece el ente gobernante. ¿Acaso todas las sociedades no tienen problemas que deben modificar? Nosotros éramos iguales y nada prosperaba cambiar.



El poder de Antropus. Ilustración de Angela Vargas, 2024.

NOMBRE

FELIPE RODRIGUEZ ENCISO

Lo que permitía crear,
permitía señalar,
simbolizar y sanar,
es ahora lo que condena
a quienes osen usarlo.
Vigilados estamos
por lo que no puedo nombrar,
por lo que yace incrustado
en lo que facilita hablar,
en lo que facilita respirar.
No los puedo culpar,
no los puedo identificar:
aquello que febrilmente se escupía,
para ubicar y sentenciar,
no se usó nunca más.

No les fue necesario
coser por donde se come,
sino amenazar con ello
si se rompe lo que proponen.
Concedieron, solamente,

flexibilizar el cómo funciona
y aceptar, únicamente,
el nombre "nombre"
y aquello que por el nombre está.
Son crueles por acercarse
lo que siempre se querrá
y nunca se tendrá.

Me arde envejecer,
pues no puedo nombrar
ni aquello en lo que cambio,
ni aquello que escribo,
ni aquello con lo que escribo.
Sufro por quienes nacerán,
y por aquel que no sepa
que limitado está:
no se analizarán,
ni sabrán de dónde eran;
nunca conocerán el nombre;
nunca podrán nombrar
lo que sea que más quiera.

DE ABRAZOS Y GARGAJOS

JUAN SEBASTIÁN MONROY HERRERA

Varios años después del final de la guerra, los líderes sobrevivientes de las diezmadas naciones llegaron a un acuerdo que por décadas se había creído imposible. Fue así como un día cualquiera, pero que pasaría a ser histórico, se decretó, ante todo pronóstico y tras una serie de arduas reuniones, el cese definitivo de cualquier forma de violencia o agresión humana.

En un principio se trató solamente de las armas. Entonces, cada pistola, cada cañón u objeto diseñado para derramar la sangre acabó siendo echado a la caldera. El resultado del proceso llegó a las manos de los artistas para que estos, con los trozos de violencia fundida, crearan todo tipo de monumentos que nadie, en nombre de la tranquilidad, se atrevería a cuestionar. De esa forma, tales esculturas, las hijas abortadas de la guerra, acabaron volviéndose un intento por desconocer su propio origen, relegando al olvido los horrores del pasado. La paz era común, ya no tenía aspecto de milagro. El arte se había adueñado del mundo entero. La violencia de antaño, imponente y constante, se difuminaba con miras a desaparecer muy pronto de la memoria. Esa palabra tan extraña: "utopía" carecía de cualquier significado.

Terminado el exterminio de las armas, fue solo cuestión de tiempo para que también le llegara su hora a cada posible forma de agresión. Se prohibieron los deportes y todo tipo de certamen físico existente. A estos, los siguieron tanto las películas como los videojuegos. El cine murió, pues ya ni los documentalistas tenían más historias que contar. Pasó lo mismo con los libros, la música y demás. Cada forma de arte que fuera diferente a las mudas y frívolas estatuas sufrió los estragos de la pacificación. Un anónimo grafitó cierta vez en una pared:

El arte ya no es ~~audaz~~.

Lo limpiaron en cuestión de un par de horas.

Hasta la violencia más cotidiana tuvo que ceder. No hubo más griteríos e insultos, más reprimendas de las madres a sus hijos, más nalgadas en la cama; más platillos picantes, reconciliaciones, más críticos y jueces, más de nada realmente. El precio por la paz fue una vida mutilada; la parte que faltaba: ese peculiar y amargo condimento que le daba su sabor.

Por ese entonces aparecieron los abrazos. Ya fuera debido a la necesidad de un nuevo símbolo de paz que no evocase a la guerra o porque la falta de conflicto dejaba en las personas un desasosiego de esos que solamente con un abrazo se alivianan, o incluso por el deseo de retener entre los brazos todo aquello que la vida estaba perdiendo; ya fuera a causa de lo que sea, el mundo, con todas sus personas, instituciones y ciudades apagadas, se colmó de abrazos inesperados.

La ley indicaba que cada persona debía llevar siempre su contador a la mano y, para determinadas horas del día, cumplir con la inspección que determinaría si había alcanzado o no la cuota de abrazos requerida por las autoridades. De lo contrario, tendría que pagar una multa como indemnización al Estado y cumplir con un día de reclusión en el abrazatorio, lugar en donde sería abrazado sin piedad hasta expiar sus afrentas a las leyes de la paz.

Y fue allí, en medio de un mundo colmado de abrazos por doquier, que nació Juan, un tipo corriente, aunque algo más introvertido de lo normal. De niño aprendió, sin que le respondieran jamás por qué, que debía abrazar a todo el mundo, aunque no quisiera.

La tarde del día en que cumplió veintidós, aquellos a quienes podía considerar lo más cercano a sus amigos lo invitaron a comer. Las ganas de ir a su restaurante favorito sin tener que pagar bastaron para que aceptara. Pasadas las seis de la tarde, los platos se hallaban a medio camino del vacío y, en un par de mesas juntas, ocho personas conversaban y comían. La tarde terminaba así de forma muy alegre. Tanto, que en una de las carcajadas producto de la conversación, una chica bastante animada terminó accidentalmente por escupirle a Juan en la cara.

Hubo un instante sin palabras. El silencio plantó semillas de mil pensamientos en cada uno de los presentes. Sus frutos, sin embargo, no llegaron a crecer. Casi de inmediato la risa se hizo de nuevo con el control. El enojo, por supuesto, era un extraño jamás invitado a la mesa en un mundo lleno de abrazos. Y, por más que Juan lo sintió, dejó que hirviera su sangre hasta evaporar la ira. Casi de inmediato, sin realmente quererlo, comenzó a reír de a pocos hasta llegar al punto de fingir potentes carcajadas que se perdían en la sonora indiferencia de sus alegres conocidos.

Un par de horas después, Juan ya había vuelto a su casa. Miraba el techo sobre su cama y meditaba los recientes sucesos.

Pudo haberle sucedido a cualquiera y muy seguramente todo habría seguido igual. Pero, en la cabeza de Juan, aquellas babas inocentes acabaron por volverse la gota que colmó el vaso. Esa misma noche comenzó a investigar. Descubrió a los pocos días, tras varias relecturas del código penal, que, quizá por negligencia o tal vez por menosprecio, de todas las posibles formas de agresión que habían sido erradicadas, la ley había olvidado las más accidentales, las más absurdas, como el hecho tan simbólico y liberador de escupir a alguien.

Al día siguiente, apenas salió a la calle, se encontró con un vecino muy amigable aproximándose para abrazarlo. Sin moverse en lo más mínimo, esperó lo suficiente a que este se acercara y, cuando estuvo a una distancia precisa, Juan no tuvo mayor reparo en escupirle un flemoso gargajo directo a la cara. Sin importarle en lo absoluto lo que tuviera que decir la perpleja víctima al terminar de limpiarse, Juan siguió caminando y durante todo el día escupió gargajos a cualquier persona que se cruzara en su camino y mostrara la más mínima intención de querer abrazarlo. Cuando llegó a su hogar esa noche, tenía el récord y la satisfacción de haber escupido durante todo el día a casi trescientas personas. Al día siguiente batió su marca y, para el fin de semana, ya había triplicado el registro inicial.

La preocupación de la gente aumentó. Los gobiernos se vieron en la necesidad de poner mano dura y tomar medidas respecto al nuevo e inusual rebelde que llenaba de gargajos las caras de todos los inocentes ciudadanos que solo buscaban cumplir diariamente con la cuota de abrazos requerida. Surgió así, tras un mes de gargajos impunes, un nuevo decreto que permitía a las autoridades abrazar con rudeza a todo aquel que cometiera un acto tan atroz como escupir a los demás. Cuando por fin las fuerzas del orden encontraron al culpable y procedieron a abrazarlo, Juan se encontraba preparado y con la saliva lista para salirse con la suya. El día de la redada, sin importar la gran cantidad de refuerzos requeridos para ajusticiar al muy baboso, no hubo uno solo entre aquellos subordinados que se salvara de padecer las viscosas flemas de la revolución. Los miembros de las fuerzas del orden regresaron a sus casas abatidos, escupidos y humillados. Juan, por su parte, seguía por ahí, destruyendo la paz con su incendiaria saliva.

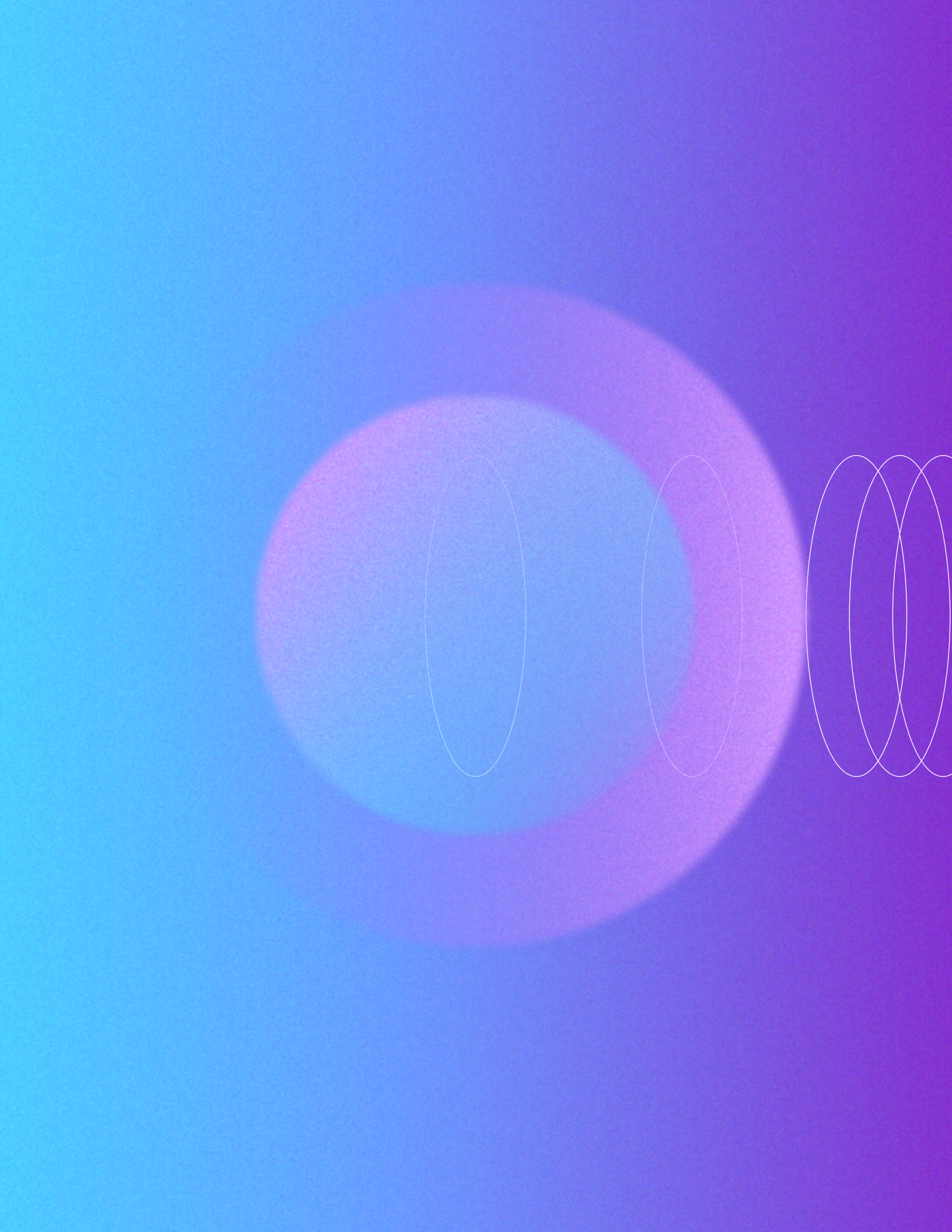
Tiempo después, fueron muchos los niños que lo vieron. Y, aunque algunos también resultaron escupidos, fueron más los que comenzaron a imitarlo. Sus madres, preocupadas, los abrazaron hasta calmarlos y arrancarles la indecencia de la mente. Sin embargo, viendo pasar a Juan de nuevo al día siguiente, recayeron en el crimen y comenzaron a escupirse de nuevo los unos a los otros. Poco después se alzaron bandas criminales que llenaban de gargajos a sus víctimas para hurtar sus pertenencias. Comenzaba de esa forma una nueva era de violencia.

Los gobiernos, ante la presión de los ciudadanos más inocentes, buscaron con desespero una solución al problema. Al ver frustrados sus intentos por abrazar a todos los delincuentes, procedieron a emitir el decreto que prohibiría de una vez por todas los escupitajos. Sin embargo, antes de que llegaran a expedirse dichas leyes de censura, manifestaciones multitudinarias fueron convocadas para exigir que se respetara el derecho a la agresión. Fue por ese entonces que las fuerzas del orden comenzaron a contestar cada gargajo, ya no con un abrazo, sino con puños y patadas. En cuestión de unos años nada más, la guerra brotó de nuevo en el corazón ansioso de las personas.

De los inicios de tan oscura época se recuerda cómo los ejércitos se encontraban en el campo de batalla para escupirse entre sí, justo antes de morderse, patearse y arañarse. Tras muchos años de frívola tranquilidad, cuando los golpes no fueron suficientes y se recurrió a objetos que pudieran atravesar la piel, la tierra pudo por fin aplacar la sed de sangre que la había ensequedido. No pasó mucho hasta que un golpe mal dado derribó a un combatiente que jamás se volvió a levantar. Por un instante hubo silencio en el campo de batalla. Soldados de ambos bandos se amontonaron sobre el cuerpo inerte del que hacía solo unos segundos luchaba con la misma furia ciega de todos los demás. El responsable de haberlo derribado se inclinó sobre él y recostó la cabeza sobre su pecho. Segundos más tarde, entre bromas y dudas de todos a su alrededor, se levantó horrorizado al comprobar que el otro ya no respiraba. Su abuela le había contado que, en su juventud, el abuelo de esta había escuchado una historia sobre ancestros que antaño iban a jugar uniformados para no volver jamás. La confusión reinó por varios minutos entre los soldados hasta que el hermano del caído ya no se pudo contener. Con la agresividad de un animal, se quitó de encima a los combatientes de ambos bandos que lo abrazaban en un intento por apaciguarlo y se abalanzó sobre el asesino para golpearlo sin compasión. Muerto ya el segundo, aquel que lo mató contempló su cuerpo lleno de ira y satisfacción. Acabó por escupir un torpe gargajo sobre lo que antes había sido el rostro de su víctima. No alcanzó a darse la vuelta cuando un cuchillo de cocina le atravesó la espalda. Otro de los soldados acababa de tomar su lugar como el asesino en pie. Tampoco duraría mucho aquel sucesor, pues el regreso al mundo de la muerte violenta acababa de marcar el reinicio de la lucha sin cuartel.

Juan, que habría de volverse inventor, algunos años más tarde sería también reconocido por su particular creación: una garganta metálica y portátil con un mecanismo diseñado para escupir un letal gargajo de plomo impulsado por la furia de la pólvora.

De esta época de guerra y muerte, sin embargo, al menos algo bueno se puede decir: los deportes, el arte y los besos robados, entre tantos otros gestos fugitivos, resurgieron para acompañar de nuevo a las personas.



UCRONÍAS



DE SITUACIONES HIPOTÉTICAS Y MUNDOS POSIBLES



EL JARRÓN DE LLORENTE

JOSÉ CADENA

El reloj de madera en el despacho marcó la primera hora de la madrugada cuando dos jóvenes figuras se colaron en la pequeña oficina; muebles de abeto y alfombras desteñidas por el paso del tiempo colmaban aquel despacho de un aura extraña, petrificada en el aquí y el ahora. Celadores dormidos y un juego de llaves copiado en medio de un descuido fueron más que suficientes para pasearse inadvertidos por las instalaciones del laboratorio.

—Angelus, esto que estamos haciendo es re ilegal ¿está seguro de que no nos van a agarrar los celadores? —. El paso nervioso de Liliana mantenía su ritmo por el impulso instintivo de no querer mirar atrás, por si una luz de linterna marcaba el fin de la fechoría.

—Relájese mamita que eso es lo de menos, luego me va a agradecer por severo regalo de cumpleaños que le tengo preparado. —La llave traqueteaba en la cerradura del clóset mientras Angelus hablaba con entera confianza—. Si estamos acá es por una cosa que me comentó el profesor que me dirige las prácticas; hace como un mes se trajo de contrabando un aparato bien interesante desde China, como que conoció a alguien allá y le cayó muy bien, porque esto no lo encuentra uno en este continente ni siendo cierto. Le dije que, si me lo dejaba y no puso lío, le daría miedo que lo delate, solo me dijo que había que venir bien tarde por el bajón de energía que va a pegar esta vaina. ¿Me explico, mami?

—No, dígame más bien qué hacemos acá, porque de momento esta es una pésima salida de cumpleaños. —El nerviosismo mutó en irritación y la irritación en un malestar indeterminado cuando su compañero le interrumpió a media mueca con un “Shhhh” de advertencia por el volumen de su reclamo.

—En corto y para que deje la preguntadera, esto es una máquina del tiempo; vamos a dar una vuelta y de regreso desayunamos en su casa, severo plan ¿sí o qué? Déjeme terminar acá y agarramos camino... O cualquiera que sea el equivalente en el tiempo. —La mirada de Liliana chispeó del asombro por un momento, y con el ánimo por las nubes se dispuso a cumplir el que era su sueño desde que la existencia de tal tecnología se había hecho pública, cuando ella aún estaba en el bachillerato.

Angelus terminó de configurar la pequeña interfaz gráfica de la máquina, que no era más grande que una mesita de noche. Sacó un set de electrodos de un compartimiento en la parte inferior del aparato y se los fue pegando en las sienes mientras seguía la charla. Liliana escuchaba vagamente su explicación, pero poco a poco le ganó la emoción del momento, distrayéndola de todo lo demás. Tras un intento de enfocarse, alcanzó apenas la parte final del breve instructivo verbal.

—Lo primero que le dicen a uno cuando opera una de estas vainas es “mientras no la embarre a gran escala, las cosas no van a cambiar”. Se supone que el viaje en el tiempo fue desregulado porque la historia resultó ser medianamente determinista, al parecer las cosas sí cambian, pero solo si se interviene en eventos cruciales para el curso de la historia o si el cambio es lo suficientemente significativo.

—Donde terminemos en un lugar peligroso, lo casco —bromeó la joven, esperando que eso los eximiera de tal destino.

Dicho esto, Angelus extendió un segundo set de electrodos y se los colocó con diligencia a Liliana, corroborando la lectura de los patrones cerebrales en la pantalla de la máquina. Acto seguido, terminaron de meterse en el clóset, cerraron la puerta con cuidado, buscaron acomodo apretujados entre los abrigos y se sentaron como pudieron, recostados contra la pared del diminuto recoveco. Angelus accionó un botón y un leve chispazo fue lo único que escucharon.

Un viernes de mercado cualquiera, por las aglomeradas calles de Santafé de Bogotá, caminó una pareja de zambos que, regresando de hacer el mercado para su señora, fueron invadidos por una leve descarga que recorrió sus cráneos y columnas al unísono; un zumbido fue lo último que pudieron percibir antes de caer al suelo, recobrando el sentido a los pocos instantes. Liliana y Angelus se miraron fijamente, sorprendida la una y magullado el otro, por la resaca que deja el traspaso de la consciencia a un cuerpo ajeno, lejano tanto en espacio como en tiempo, y sobre todo lejano en términos del “yo”.

Sin decir una palabra, recogieron las que de momento serían sus cosas, disimulando el vistoso cuasi-desmayo como un tropiezo aparatoso. Regresaron a la plaza de mercado y procuraron ubicarse rápidamente. Evitando levantar sospechas o revelar a alguien más su anacrónica jerga, buscaron la tienda de José González Llorente. Aunque en ese momento Liliana y Angelus no habrían sido personas bien recibidas en el ostentoso local, la aglomeración de gente les permitió pasar desapercibidas dentro de la tienda del comerciante, donde el famoso altercado estaba escalando cuando entraron.

—Muchos ya sospechábamos que usted no era simpatizante de nosotros los criollos, don José, pero usted no puede cometer semejante descortesía frente a la velada que planeamos. —Luis de Rubio mantenía su papel de criollo con el honor

mancillado por la negativa de José González, su mueca de descontento era el catalizador indicado para hacer estallar la afamada reyerta.

—Usted piensa que no sé de qué se trata, ¿cierto joven de Rubio? Yo sé que un criollo de alto mando viene para Santafé y lo que ustedes quieren es propiciar el desorden entre los ciudadanos de bien. Yo no voy a patrocinar ni a colaborar con semejante algarabía, y más siendo el dueño de este respetado negocio.

Las alegaciones continuaron un buen rato. Cuando pareció que por fin se iban a dar los conocidos gritos y estruendos, Liliana y Angelus presenciaron aquellos momentos con más bien poca solemnidad, que era imposible asumir cuando uno se daba cuenta de que el bombo atribuido a los momentos históricos es más relato que hecho. Una vez los criollos y españoles dentro del local se sumaron a la escena movidos por el espíritu de defender la dignidad propia del nacido acá o allá, Angelus vio una oportunidad única que era imposible no aprovechar.

—¡ABAJO LOS CHAPETONES! —El grito del joven zambo, que esperaba caldear aún más los ánimos en un intento de participar de la historia, fue suficiente para que se repitiera la hoy sabida consigna.

Luis de Rubio profería discursos cortos buscando llamar la atención de aquellos dentro del local y quienes curioseaban desde afuera. —Como saben que vamos a celebrar a Villavicencio no quieren prestarnos el florero. Nos tratan como gente de segunda cuando nosotros hemos nacido aquí y los españoles solo vienen a enriquecerse.

En el momento oportuno, el disputado florero cae al suelo tras un forcejeo más teatral que otra cosa, con sus fragmentos esparciéndose por el suelo en medio de un silencio lleno de expectativas. El susurro de Angelus cortó el momento en los oídos de Liliana —Mmmmm, entonces así sucedió... Oiga, agárrese unos fragmentos del florero como regalo de cumpleaños ¿No? Para el recuerdo. —A pesar de estar retirados del alboroto, la incitación de su compañero fue suficiente para que Liliana se arriesgara en medio de los manoteos y sacadas de pecho llevadas a cabo en el mostrador de la tienda.

José González se percató de aquella mano escurridiza, buscando detrás del mostrador un fragmento del destruido ornamento, inmediatamente tomándola del brazo y exponiéndola frente a todos para frenar la algarabía. —¡Vean! Vean como esta mezclada quiere aprovecharse del momento para robar en mi negocio, ustedes saben de decencia, solo prueban lo que digo. Menos mal que nos tienen acá para enseñarles a comportarse.

En el momento en que Llorente alzó la otra mano contra Liliana, esta aprovechó para zafarse y hundir ferozmente su codo en el abdomen del español. Acto seguido, el jarrón de barro común que reposaba en una esquina abandonó su

puesto de guardia para servir a Angelus, que, tomándolo de la boca, lo reventó en la cabeza de quien estuvo a punto de golpear a su amiga momentos atrás.

El estruendo del jarrón quebrándose en el occipital de José González Llorente solo fue acompañado por un último quejido antes de caer al suelo. Los fragmentos de barro cocido formaron en el piso un rompecabezas a dos partes, junto al florero, imposible ya de restaurar a la forma en que se encontraba instantes atrás.

Los gritos de la tienda sonaban cada vez más distantes mientras la pareja corría, aliviados tras haber participado de la historia. Una vez seguros, escondidos entre la multitud de la plaza, bastó pasar el tiempo restante en silencio, esperando que la conexión de las conciencias se perdiera con sus cuerpos de aquel momento y regresara a su origen.

De vuelta en el despacho, el silencio apacible de la fría madrugada fue suspendido brevemente por dos respiraciones irregulares, que se reactivaron vívidamente tras la puerta del clóset algunos siglos después.

El peso en el pecho y la congoja acrecentaban la respiración de Liliana, un tirón de los electrodos conectados a sus sienes fue seguido de un manotazo para abrir la puerta del clóset. Lo único que se permitió fue dar vueltas en el despacho —La cagamos, Angelus ¡LA CAGAMOS! Quién sabe qué le pasó a la historia por esa embarrada ¡Matamos a alguien, vida hijueputa! ¿QUÉ HACEMOS, CARAJOS? —Más que lo que habían presenciado, eran las posibles consecuencias de sus actos lo que se agolpaba en la cabeza de Liliana; las posibles bifurcaciones de la línea temporal tras aquel horrible suceso y, sobre todo, la cantidad de vidas que, directa o indirectamente, se habían cobrado por querer llevarse un pedazo de aquel florero. Era más de lo que la joven estaba dispuesta a cargar consigo.

Angelus mantuvo la compostura, bien por desinterés o por decirse ávido en el arte de viajar en el tiempo, sacó del clóset a su compañera procurando el bienestar del engorroso aparato que había marcado el curso de su noche y se aseguró de que el corredor del laboratorio mantuviera su inerte naturaleza, solemne e inalterada. Saltaba a la vista su tranquilidad, presumible fruto de experiencias pasadas y futuras. Aunque no dijo una sola palabra al inicio, parecía seguir alguna suerte de protocolo. Luego de un rato, con los sollozos de Liliana resonando en la habitación, se dio el lujo de hablar.

—Primero que nada, cálmese Victoria Liliana. —Una mano en el hombro y la seña universal del “Shhh” sembraron rabia en la muchacha, luego confusión y por último un suspiro de abnegación que dio fin al llanto, mientras Angelus procuró acomodarla en el sofá sin que los pudieran ver por la ventana —En primer lugar, nosotros estamos bien, no nos pasó nada y estamos de regreso en nuestro tiempo; en segundo lugar, no matamos a nadie, dos personas de la época cascaron a Llorente y le dio un yeyo ahí mismo. ¿Trágico? sí, pero lo podemos superar y, en tercer lugar, déjeme hacer una búsqueda rápida. —Angelus sacó

su dispositivo móvil y navegó brevemente por las bases de datos del aparato, después de un momento, hubo una pausa prolongada—.

El silencio tomó el control de la habitación, la suspensión súbita de las dos respiraciones solo podía dar paso a la expectativa, la de Liliana por saber qué pecados tendría que cargar en la conciencia por el resto de su vida y la de Angelus por averiguar si la maldición del determinismo histórico es vulnerable por el ser humano.

—Oiga, Liliana.

—¿Qué quiere?

—Ahora que lo pienso, si solo nuestras mentes viajaron al pasado no íbamos a poder traernos nada de regreso, qué embarrada, ¿no? Además... —El comentario de Angelus se detuvo a media frase para dar paso a una expresión de alarma. Seguía navegando su interfaz portable mientras recitaba maldiciones susurradas.

—¡Vida hijueputa, Liliana! Ahora los conservadores son de color rojo y los Liberales son azules. Qué decepción, a lo bien.



Lopez

EL FUTURO EN UN CÚBIT

JOAN LÓPEZ

Es de mañana en una playa de Gaza. Zaid, un chico joven de piel olivácea y cabello ondulado, descansa en la orilla del mar junto a su tabla de surf. Es el primer día de sus vacaciones. Mientras mira al horizonte repasa algunos momentos del día anterior, el que fue su último día de secundaria. Suspira. Sabe que aquella etapa de su vida ha quedado atrás y que ahora debe enfocarse en su futuro. ¿Futuro? ¿Qué futuro? Pensar en eso lo lleva a pensar en su padre. La imagen de su padre, un hombre recio e inexpresivo, se atraviesa en su mente, y Zaid estalla en rabia, golpea con fuerza sobre la arena y deja escapar algunas groserías. Luego se arrepiente y le pide disculpas a Dios por sus malas palabras.

—¡Alá! ¡Ayúdame a dejar de odiar a mi padre! —le implora Zaid al cielo.

¿Cómo explicarle a su padre que su sueño es dedicarse al surf? ¿Cómo decirle que no quiere estudiar ingeniería y mucho menos heredar sus negocios? De hecho, preferiría que su padre le heredara todo a Abdel, su hermanito menor de seis años, y así él podría entregarse por siempre a las olas.

Cuando siente que está a punto de estallar en llanto, una mano le toca el hombro. Zaid se voltea y ve a una mujer algo mayor, de cabello largo y rubia. Junto a la mujer hay un hombre calvo y obeso, con el rostro casi blanco por el protector solar. Ambos visten *shorts* y camisetas floridas. La mujer le pregunta en inglés por indicaciones para llegar hasta el zoológico de Rafah. Zaid frunce el ceño y se recuerda a sí mismo que, según le enseñó su padre, siempre hay que ser cortés. Con algo de disgusto se levanta, los saluda en inglés y les sugiere que tomen un autobús hacia el sur. “Malditos turistas”, piensa Zaid mientras ve a la pareja de ancianos subir a un taxi y alejarse. Mira hacia el mar una última vez y decide que ya fue suficiente surf por hoy.

Ingeniería mecatrónica o negocios internacionales. Esas fueron las únicas opciones de carrera profesional que le dio a escoger su padre. Zaid no puede dejar de pensar en eso. Después de quitarse el traje de neopreno y cambiarse, se dirige a Jinn's, la cafetería más famosa de la playa de Al-Shati. Pide una malteada y, de repente, se cruza de frente con Hala, su compañera de clase, otra aficionada al surf. Ella lo saluda y lo invita a sentarse a su lado. Él recuerda que había decidido confesarle sus sentimientos al finalizar la secundaria, pero...

¿Para qué? ¿Cómo decirle que su padre lo va a enviar a estudiar a Barcelona y que tiene que dejar el surf?

Zaid permanece callado, su mente es un mar tormentoso donde las palabras se ahogan. Por fortuna, Hala rompe el silencio para hablarle de la terrible situación en Argel. Le muestra unos videos de las víctimas de los últimos bombardeos franceses en su teléfono.

—¡Es horrible! ¡Hay que hacer algo! ¡Dejemos de comprar productos franceses! —dice Hala, indignada.

Zaid la mira a los ojos, esos ojos verdes de los que está enamorado y piensa: ¿cómo decirle que su sueño es ir con ella a París?

—¿Puedes creer que la Alianza Árabe no va a hacer nada? —continúa Hala—. ¡Es inaudito! ¿Te imaginas si algo así hubiera pasado aquí cuando lo de la guerra de los Seis Días? Hubiéramos perdido más que nuestra independencia...

Zaid solo asiente sin dejar de verle los labios. La malteada se termina y Hala se despide de él para irse a practicar su rutina de surf. Zaid, resignado, supone que necesita algo de motivación respecto a la ingeniería, así que decide ir a visitar a su tío Yasser en la universidad. Su tío, el genio de la familia y el único con doctorado, dirige un laboratorio en la facultad de ingeniería de la Universidad Islámica de Gaza. Tal vez él le ayudará a encontrar la motivación para seguir esa carrera o por lo menos puede que lo escuche quejarse. Zaid sale de Jinn's, baja las escaleras del metro en la estación Leila Jaled y sube a un tren que va hacia la estación Alameda universitaria. Toma asiento y justo cuando se dispone a revisar sus redes sociales es sorprendido por la algarabía que hay en otro vagón, donde un grupo de hombres altos están saltando y cantando algo en alemán. Es un grupo grande y están borrachos. Todos llevan la camiseta de un equipo de fútbol. Zaid recuerda que ese fin de semana se disputará un partido en el estadio local entre el Borussia Dortmund de Alemania y el Shabab Rafah por la Champions League. “Malditos turistas”, dice en voz baja.

Ya en la universidad, Zaid se dirige hasta donde recuerda que era la oficina de su tío, pero al llegar allí se encuentra con una profesora ocupando el que solía ser el escritorio de su tío. La mujer le indica que Yasser fue reasignado al laboratorio de simulación cuántica. “¿Simulación cuántica?”, dice Zaid en voz baja y no puede evitar pensar en que eso suena a algo propio de *Star Trek*. Después de un buen rato de andar perdido por la facultad, Zaid consigue dar con el laboratorio. Se encuentra en el duodécimo piso de la torre seis de la Universidad. Llama a la puerta y su tío Yasser lo recibe con un abrazo. Entran por un pasillo estrecho, iluminado por varios miles de pequeñas luces de colores en las paredes. Su tío le explica que todo lo que los rodea son los componentes de una computadora cuántica, una de las pocas que existen en el medio oriente y una de las más avanzadas del mundo.

“¡Wow!”, exclama Zaid. No sabe si todo aquello le asombra por una verdadera curiosidad científica o por las semejanzas que sigue encontrando con series de ciencia ficción. Antes de abordar a su tío con sus dudas existenciales, Zaid le pregunta sobre su investigación y su trabajo en general.

—En estos momentos estoy trabajando en el desarrollo de una Inteligencia

Artificial Generativa Cuántica o IAGC—RESPONDE YASSER—. VERÁS, ESTAMOS USANDO LAS CAPACIDADES DE LA COMPUTACIÓN CUÁNTICA PARA DESARROLLAR SIMULACIONES DE FUTUROS POSIBLES, EN FIN, PARA TRATAR DE HACER QUE UNA MÁQUINA NOS RESPONDA A LA PREGUNTA DE ¿QUÉ PASARÍA SI...? ¡ES LO MÁS INCREÍBLE EN LO QUE HE TRABAJADO ÚLTIMAMENTE! ¡VEN, ZAID, TIENES QUE PROBARLA! —INSISTE.

Su tío lo lleva hasta una terminal con una pantalla gigante y un teclado en inglés. Zaid ve que su tío abre un sinnfín de ventanas hasta que se detiene en una de fondo negro y letras verdes, parecida a la terminal en *The Matrix*. Yasser toma el teclado y escribe: “Genera un video de cómo se vería la playa de Al-Shati si allí se hubiera construido un parque de atracciones de Disney”. Luego de seis minutos, en la pantalla comienza a reproducirse un video que muestra a su playa favorita atiborrada con miles de personas disfrutando de atracciones turísticas y a algunas personas disfrazadas de personajes de Disney posando para fotos junto a varios niños. Zaid observa deslumbrado y al mismo tiempo asqueado. Lo último que querría sería ver a Al-Shati repleta con más turistas. Sin embargo, admite frente a su tío que aquella simulación parece muy real. Perturbadoramente real.

—Precisamente sobre eso estoy investigando —aclara Yasser—. ¿Cómo saber si lo que se nos muestra no es solo una simulación generada por una matriz de redes neuronales artificiales? Es decir, gracias a la computación cuántica tenemos millones de posibilidades para potenciar el futuro de las ia y, sin embargo, aún no sabemos bien cómo funcionan los cúbits.

—¿Cúbits? —pregunta Zaid e inclina la cabeza.

—Verás, sobrino, en el mundo de la informática existen los *bits*, una representación para algo que solo tiene valores de 1 o 0. Pero en el mundo de la computación cuántica, un *cúbit* es algo que puede tener ambos valores a la vez y solo se puede saber cuál tiene cuando es observado.

—¿Y eso qué tiene que ver con tu investigación? —pregunta Zaid para hacerse el que ha entendido algo.

—En realidad, mi trabajo va más allá —se ufana Yasser—. Verás, estoy escribiendo un artículo sobre la posibilidad de que las iagc sean un camino por el cual se pueda demostrar la *teoría de interpretación de los muchos mundos*. ¿Confundido? Deja que te lo explique mejor. Por allá en los años cincuenta, mientras aquí luchábamos por nuestra independencia de los israelíes, en los Estados Unidos, un físico llamado Hugh Everett teorizó que gracias a las posib-

ilidades de la física cuántica se podría considerar la existencia de universos paralelos. Esa fue su teoría de los muchos mundos. ¿Ahora lo entiendes, Zaid? Tal vez lo que esta simulación nos está mostrando sea una realidad en otro universo. ¿No me crees? ¡Anda! ¡Pruébalo por ti mismo! ¡Esto no es ciencia ficción!

Zaid se acerca al teclado y se detiene para pensar en qué le indicará a la máquina. En ese instante vienen a su mente las palabras de Hala y las imágenes que ella le mostró de las víctimas en Argel. Entonces, con algo de temor, comienza a teclear: “Computadora, ¿qué hubiera pasado si la Alianza Árabe hubiera perdido la guerra de los Seis Días?”. En cuestión de milisegundos, la ia le responde: “Israel hubiera ganado”.

—¡No me digas! —dice Zaid con sarcasmo y ve a su tío ruborizarse.

—La estás usando mal. Mejor pídele que genere algo a partir de eso — le indica Yasser.

Zaid vuelve al teclado y escribe: “Describeme cómo sería Gaza si Israel existiera”. Esta vez la computadora se tarda un poco más y, tras un par de segundos, empieza a desplegar en la pantalla varios párrafos con el resultado en texto de la simulación. Zaid comienza a leer y al poco tiempo se apodera de él una sensación de miedo y agobio debido a lo que ha generado la ia. Voltea para ver a su tío y este se encuentra consternado por el resultado.

—Relájate, tío, solo es una simulación —le dice Zaid.

—¿Y si no lo es? —responde Yasser.

En ese momento, la curiosidad de Zaid lo impulsa a ir más allá. Vuelve sus ojos al teclado y escribe: “Genera un video que muestre cómo sería Gaza en 2024 si Israel hubiera ganado la guerra de 1967”.

A diferencia de los seis minutos que tomó la simulación del parque de atracciones, esta vez el video generado comienza a reproducirse de inmediato. Yasser se lleva las manos a la cabeza al ver aquel tiempo de respuesta de la computadora. En las imágenes, Zaid ve toda la ciudad en ruinas, sobrevolada por aviones caza que sueltan bombas por todo el lugar. Algo similar a lo que él ha visto en las noticias de Argel. Ve a mujeres llorando, niños muertos bajo los escombros, cientos de personas haciendo largas filas para recibir ayuda humanitaria. Un escenario postapocalíptico donde cientos de imágenes de muerte y destrucción pasan a gran velocidad. La simulación se termina súbitamente y Zaid queda con la sensación de haber reconocido a alguien en el video. Le pide a su tío que lo reproduzca de nuevo y este accede, no sin cierta reticencia.

En uno de los últimos segundos del video, Zaid se detiene y se lleva la mano al corazón cuando ve a su padre entre las imágenes. Lo ve con el rostro ensangrentado y lleno de heridas mientras escarba entre los escombros de un edificio

bombardeado. En el recuadro siguiente, su padre, entre lágrimas, implora al cielo mientras lleva algo entre los brazos. En una mano sostiene el pequeño cuerpo de un niño y en la otra sostiene la cabeza del mismo, que ha sido cercenada por una explosión. Zaid, tembloroso, acerca los ojos a la pantalla y lanza un grito agudo y desgarrador cuando reconoce el rostro de su hermanito Abdel en aquella cabecita inerte.

AD ASTRA

CRISTHIAN AYALA GARCIA

Con sus años a puertas de la adultez, una pareja de jóvenes observaba en la pantalla holográfica de un escaparate el lanzamiento del transbordador espacial Atenea 365. El hombre abrazaba por la espalda a su mujer. Ambos mantenían la mirada brillante y estupefacta con ese brillo propio de la conjunción de incertidumbres; pero, sobre todo, afán por el futuro, o como lo llamaban las civilizaciones siglos atrás, anhelo de esperanza.

La misión era la vigésimo segunda de una serie de expediciones con destino a la Colonia Espacial Cosmonauta Yuri Gagarin. Allí, varios grupos habían logrado arribar y empezar una nueva vida en la órbita espacial. Era la salvación de la especie, o así lo veía la pareja, que entre intermitentes besos en sus mejillas no quitaba la vista del paso tan largo que daba la humanidad. El dueño de la tienda subió el volumen de la transmisión.

—¿Todo en orden, Houston? —se oyó decir a uno de los astronautas que comandaba la operación.

—Todo en orden —respondieron desde el puesto de mando del Centro espacial Barack Obama—. Minuto y medio para el despegue...

El hombre apretó con fuerza a su mujer.

—Propulsores preparados —indicó el copiloto de la nave mientras activaba media docena de palancas.

—Aquí Houston preparando la cuenta regresiva. Activando cámara de helio. Cincuenta segundos para el despegue...

Un tipo de avanzada edad y aspecto retorcido, que bebía de una botella en una bolsa de papel, se acercó al grupo de curiosos espaciales. El fuerte olor que emanaba delató su presencia. Los jóvenes y el dueño de la tienda hicieron caso omiso y siguieron observando el lanzamiento.

—Escotillas listas —dijo el comandante de la misión— placas separadas. Etapa uno en progreso...

—Veinte segundos —respondieron en el puesto de mando.

—Bah, otros... —dijo el vagabundo seguido de una chupada a la botella. Nadie volteó a mirarlo.

—Quince segundos... Diez, nueve, ocho...

—Otros imbéciles que abandonan este planeta —insistió el vagabundo— el camino fácil: destruir y salir corriendo.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero... ¡Despegue! ¡Un nuevo paso en cabeza de nuestra Atenea 365 para adentrarnos a los confines de este inmenso mar espacial! ¡Felicidades a la tripulación!

—¿No es fabuloso? —le susurró el joven a su pareja. La mirada no se desviaba del transbordador empujado por una fuerte explosión— más temprano que tarde, Kathe, cuando menos lo esperes, seremos nosotros quienes lleguemos a órbita y hagamos una nueva vida allí. ¿Te irías conmigo?

La mujer se volteó y lo miró a los ojos.

—Hasta el infinito —terminó la respuesta con un beso.

—Bah... —refunfuñó el vagabundo— ahora todo el mundo quiere ir y hacer su vida en el espacio. ¡Qué originales!

El joven volvió una mirada despectiva al vago.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Todo hay de malo en ello. Bah... Eres demasiado niño y seguro demasiado estúpido para entenderlo.

El joven soltó a la chica y apretó los puños sin dejar de mirar al sujeto.

—¿Qué ha dicho usted, maldito pordiosero?

La mujer tomó a su pareja por los hombros.

—¡Cálmate! ¡Cálmate! ¡Es solo un vago sin importancia!

El dueño de la tienda intervino dirigiéndose al vagabundo.

—Hombre, por su bien, láruese de acá. No busque problemas.

—¿Problemas? Bah. ¿ahora soy yo el de los problemas? —El vago dio una nueva chupada a su botella mientras retrocedía lentamente—. Problemas van a tener cuando se den cuenta que todo tiene un límite y que no hay órbita capaz de soportar esa condena nuestra llamada voracidad. Bah... No entiendo por qué les digo esto. Toda la humanidad es tan estúpida que no se dará cuenta de su fin hasta que les llegue el agua al cuello. En fin... Disfruten de ese gran paso, con suerte quedarán una docena más antes de que saltemos al abismo.

—¡Lárguese, maldito! —le gritó la mujer.

El vagabundo les dio la espalda y se perdió entre los callejones de la ciudad.

Caminaba en medio de la noche tambaleándose por una calle oscura. Se detuvo frente a un contenedor de basura. Escarbó. Tomó una manzana a medias y la devoró. Después sacó unas botellas que en su interior contenían un poco de licor, las vació en su boca y las lanzó a la vía. Le dio una fuerte patada al basurero.

—Bah, esta gentuza. Ya no tira cosas buenas.

Cerró el contenedor y caminó otras dos cuadras hasta el final de la calle. Se aseguró de que nadie lo viera y levantó una tapa de alcantarilla. Entró al ducto y arrastró la tapa para cerrarla. Adentro todo era oscuro. Sacó un encendedor de su bolsillo y prendió una vela que estaba postrada en un mueble gastado. La luz tenue dejó ver el aspecto del lugar: un colchón raído por la humedad y decenas de recortes de periódico pegados en la pared. Puso la vela en la mitad del reducido espacio y abrió el único cajón que tenía el mueble; sacó un overol en el que destacaban unas insignias y un apellido en la parte izquierda del pecho: Nelyubov.

—Los buenos tiempos —dijo el hombre palpando la prenda con sus manos. La tiró al colchón y volvió al mueble. Sacó una pipa envuelta en papel aluminio y un papel arrugado.

—A los degenerados ya solo nos queda volar de una manera. —Abrió el papel y vertió parte del contenido dentro de la pipa con cuidado de no derramar nada.

Cerró el papel y lo guardó de nuevo en el mueble. Ojeó algunos de los recortes que tenía en la pared. “PRIMERA MISIÓN EN BUSCA DE LA COLONIZACIÓN DEL ESPACIO”, “ARTEMIS IV, EN ÓRBITA SIN INCONVENIENTES”, “EL MAYOR GRIGORI NELYUBOV ES CONDECORADO HOY EN EL CONGRESO”.

Se sentó en el colchón.

—Bah —Puso la artesanal pipa en su boca—. Aunque no puedo hacer esto sin el respectivo protocolo. “¡Mayor Nelyubov, ¿está listo para conquistar las profundidades del espacio y regalar algo de ilusión a la humanidad?!” “¡Señor, sí señor! ¡Para eso he nacido, para ser un jinete del espacio, señor!” “¡Excelente Mayor, es usted un ejemplo para esta institución!” “¡Señor, sí señor! ¡Muchas gracias, señor! ¡Al infinito y más allá, señor!”

Llevó su mano derecha a la frente emulando el saludo militar y encendió la pipa. Dio tres bocanadas profundas y se recostó tosiendo.

—A los confines y más allá... Estos jóvenes bastardos de hoy en día se creen superiores. Con ellos todo se trata de dinero y poder... Pero cuando estuve allá... Cuando yo estuve... Qué maravilla, ¿cómo olvidarlo? Lejos de casa. En medio de

ese punto azul y la nada. Era pequeño, muy pequeño... pequeño en medio de esta abundante infinidad.

El hombre tosió y dio otras dos bocanadas a su pipa.

—Y entonces todo era ese azul. Todo era ese punto azul. Las peleas, los desastres, las ilusiones, los sueños, las guerras, la vanidad, los años de servicio, de estudios, trabajo, muertes, vidas, hambre, opulencia. —Una vez más aspiró de su pipa—. Todo eso no era más que un insignificante punto azul... en medio de la noche eterna. Bah.

Sus pupilas se dilataron. No era claro si se debía al narcótico o al recuerdo trazado en sus retinas que nunca había logrado abandonar: el cielo, el verdadero cielo, no el artificial que parecía una ilusión óptica de los rayos solares que rodeaban la tierra, sino el verdadero cielo, el oscuro, el inerte. Como el espeso bosque en el cual solo resalta una tímida fogata chispeante que explota a cada momento, pero que no puede hacer nada ante la espesura que lo cerca. Todo allí parecía contrahecho, adulterado: el sol, la luna, los millares de cuerpos celestes en los que no bastaba una minúscula vida para ser alcanzados y el mar negro, el imponente mar negro en que el ser humano no era más que un pequeño percebe.

Se sentó en el colchón y dio una nueva bocanada a su pipa.

—Nada somos, solo idiotas empeñados en tocar el fondo del vasto mar sabiendo que la presión nos estallará la cabeza. Nada más, nada más... nada más.

En el exterior del ducto irrumpieron juegos pirotécnicos. El vago tomó la pipa y dio una bocanada profunda, implacable, como buscando reemplazar cada espacio de aire por el espeso humo. Luego apartó el utensilio de la boca, exhaló, se tiró en el colchón y miró al techo, apreciando un horizonte perdido.

—*Per Ardua... Ad Astra!*

Dejó caer la pipa, sus ojos se cerraron y soltó un fuerte ronquido que fue opacado por la algarabía externa.



Monserate dysto. Ilustración de Isabella Estupiñan, 2024.

OTROS MUNDOS POSIBLES DESDE LA CIENCIA FICCIÓN: LA MIRADA DEL AFROFUTURISMO EN EL FILME BLACK PANTHER

MARÍA DE LOS ÁNGELES LEÓN MORENO

A Johan Rodríguez Meneses, por su apoyo

—¿Qué se puede hacer?

—¡Comenzar!

—¿Comenzar qué?

—La única cosa del mundo que merece la pena comenzar: ¡el fin del mundo, caramba!

Aimé Césaire (2015)

En 1966, mismo año de la fundación del partido afroamericano y revolucionario Panteras Negras en Estados Unidos, Jack Kirby y Stan Lee, fundadores de *Marvel Comics*, crearon al superhéroe negro Pantera Negra (Caro, 2018). T'Challa, rey de la oculta y próspera Wakanda, apareció por primera vez en el número 52 de *Fantastic Four* con posteriores participaciones en *Daredevil*, *Captain America* y *The Avengers*, pasando a tener su propia serie de cómics en el año 1973 bajo el nombre *Jungle Action* (Galán, 2022).

Interesados en la aceptación comercial del personaje y en su viabilidad mercantil, Lee tenía dudas sobre introducir a un superhéroe negro en medio de los convulsos años sesenta en Estados Unidos, caracterizados por fuertes tensiones

raciales y la lucha por los derechos civiles. En el mencionado número 52 de *Fantastic Four*, el rostro de T'Challa se terminó ocultando tras una máscara que cubría toda su cara. No fue sino hasta el año 2018 que Marvel estrenó la película *Black Panther*, con la cual se logró poner el afrofuturismo bajo los reflectores de la cultura *mainstream*. Con una recaudación mundial de 1300 millones de dólares, superando icónicos éxitos de la taquilla como *Titanic*, *Black Panther* se convirtió en uno de los filmes más exitosos del 2018 (Mendelson, 2018).

Tras el asesinato del Rey T'Chaka en un atentado durante una conferencia de la onu en Viena, T'Challa, su sucesor, asume el gobierno de un país que se debate entre permanecer oculto al resto del mundo para protegerse de la explotación de sus recursos naturales, o involucrase en un antiguo conflicto que ha dejado a los demás países africanos colonizados y sometidos. Bajo esta premisa, *Black Panther* logra diferenciarse de otros filmes de acción al proponer un marco histórico alternativo al de la colonización que permite imaginar las distintas posibilidades de una sociedad para proyectarse hacia el futuro. Así, el universo de la hipertecnificada Wakanda se convierte en el escenario perfecto para preguntar “¿qué hubiera pasado si...?” el continente africano no hubiese sido colonizado.

Si sabemos leer e interpretar lo que se nos propone en *Black Panther*, esto podrá ofrecernos un comentario sobre la colonización que de otro modo no concebiríamos. ¿Qué puede ser imaginado y representado allí? ¿A qué responde y qué nos muestra sobre la realidad? Este filme es una propuesta narrativa y estética que avanza en el propósito de descolonizar el imaginario del sur global, usualmente representado en Hollywood mediante la lente del exotismo y la barbarie. A continuación, se analizará de manera crítica la estructura racial a la que reacciona el afrofuturismo a la luz de este filme.

El afrofuturismo: ficciones y realidades

El afrofuturismo es un conjunto de ideas estéticas, filosóficas e históricas que reúnen elementos de la ciencia ficción, fantasía, y realismo mágico con cosmologías no-occidentales. En su artículo de la revista *Arcadia*, Caro (2018) afirma que este término fue acuñado por primera vez en 1993 por el crítico Mark Dery en su texto *Black to the Future: Interviews with Samuel R. Delany, Greg Tate, and Tricia Rose*, en el que se buscó explicar la producción literaria negra después de la segunda mitad del siglo xx en los Estados Unidos. No obstante, según Caro (2018), la producción creativa del afrofuturismo comenzó varias décadas antes en la música y el cine (p. 47).

La película de 1974 *Space is the Place*, protagonizada por Sun Ra, pianista de jazz experimental, y su banda Arkestra, marcaron el punto de partida para abordar cuestiones como el esclavismo, la liberación negra y los futuros utópicos

desde la ciencia ficción; un género considerado de tercera que solo tenía espacios en películas de bajo presupuesto y libros *pulp*, caracterizados por una “baja” calidad literaria.

De esta manera, la evolución tecnológica se convierte en un eje central para la exploración de la perspectiva histórica del pueblo afroamericano y las preocupaciones que de allí se derivan. Por ejemplo, la posibilidad de viajar en el tiempo se convierte en un elemento que permite reflexionar sobre la violencia a la que fue sometida la población afro en Estados Unidos. Una muestra de esto es la novela *Kindred*, escrita por Octavia Butler en 1979. La autora retrata a una escritora afroamericana que viaja 150 años en el pasado a una sociedad esclavista en donde descubre que la posibilidad de su existencia en el futuro depende de que su bisabuela sea violada. La novela muestra desde la singular perspectiva de la mujer negra las transformaciones introducidas por la lógica colonizadora, entre las que resalta la introducción del binarismo del género y el patriarcado que produjeron nuevas formas de violencia hacia la mujer.

También resalta el grupo Parliament Funkadelic que en el álbum *MotherShip Connection* (1975) mezcló los sonidos tradicionales africanos con el sonido futurista-espacial. Caro (2018) cita un comentario hecho por su líder y fundador, George Clinton, sobre la portada del disco en la cual se muestra a un astronauta negro en la puerta de un ovni: «Tenía que encontrar un lugar donde la gente negra no hubiese sido percibida antes [...] y ese lugar tenía que ser una nave» (p. 47). El espacio exterior se constituye como un escenario que ofrece una nueva perspectiva para comprender las estructuras sociales de la tierra. Su exterioridad ajena al género, la raza, la historia y la clase, convierten al alienígena en el portador de una nueva mirada sobre dichas estructuras, una capaz de cuestionarlas y criticarlas.

Así, se trata de una nueva manera de dirigirse a la realidad que proviene de otro mundo, tal y como sucede en Wakanda, un lugar tan singular y extraño como el espacio. El país africano de *Black Panther* se formula como un mundo paralelo invisible, fiel a sus raíces no contaminadas por la interferencia colonial que ofrece al espectador una mirada distinta a la de la opresión. Es la representación de un pueblo que tuvo la autonomía para generar sus propios sistemas de creencias, símbolos, conocimientos y formas de expresión.

La fetichización de la cultura occidental

Tal despliegue tecnológico es una respuesta al establecimiento tecnocultural que ofrece tan poco espacio a los afroamericanos, así como a mujeres y otros “grupos minoritarios”. Al respecto, Caro pregunta:

¿Puede una comunidad, cuyo pasado ha sido borrado deliberadamente y cuya energía ha sido consumida por la búsqueda de rastros en la historia, imaginar futuros posibles? Y ya que el futuro parece ser propiedad de los tecnócratas, futurólogos y escenógrafos —todos hombres blancos— ¿quiénes han diseñado nuestras fantasías colectivas? (p. 48).

Precisamente, las ideas de modernización y tecnificación propias de la cultura occidental son una de las preocupaciones centrales del afrofuturismo: ¿en qué medida tal imagen futurista no es la proyección del complejo cultural europeo?

La colonización fue un proceso a través del cual las y los colonizados fueron forzados a adoptar e internalizar por medio de la violencia los esquemas del mundo moderno. En este proceso, la racionalidad científica europea fue uno de los vehículos a través de los cuales la represión se ejerció sobre los «[...] modos de conocer [y] producir conocimiento [de los colonizados, es decir,] sobre [sus] recursos, patrones e instrumentos de expresión formalizada y objetivada» (Quijano citado en Orué, 2021, p.280). Lugones (2011) define esto como el contraste entre las complejidades culturales, políticas, económicas, y religiosas de los “sí mismos” en relación con otros “sin mismos”, que fueron reemplazadas, en vez de encontradas, entendidas y confrontadas a través del diálogo y la negociación.

Así las cosas, los colonizados, cuyo mundo era incalculablemente rico y coherente en sí mismo, pero divergente en sus categorías centrales respecto a las de los colonizadores, fueron regulados en su producción de perspectivas, símbolos y modos de significación. En paralelo, se creó una imagen mistificada de los patrones de conocimiento del colonizador, convirtiendo a la ciencia moderna y sus avances en una aspiración deseable, pero inalcanzable. De ese modo, los colonizados fueron narrados como seres irracionales, bestiales e incontrolables, contrarios y por ende inferiores al hombre blanco civilizado.

En contraste, en *Black Panther*, T'challa posee un notable interés por el desarrollo tecnológico de Wakanda y nos muestra un panorama que va más allá de la simple repetición de modelos de producción de conocimiento europeos. En la cosmovisión de Wakanda, la ciencia no es la única fuente de conocimiento válido sino más bien es uno de los muchos que existen y conviven en igualdad de condiciones con el conocimiento ritual y tradicional africano.

Un ejemplo de lo anterior es el «Ritual de la hierba en forma de corazón» al que se somete T'Challa luego de su combate con el líder de la tribu Jabari. En la historia, el ritual permite al sucesor del trono curarse de sus heridas de combate, obtener poderes sobrehumanos y una conexión especial con el espíritu de la pantera negra ancestral. Este es un ritual que conjuga los elementos de la medicina occidental y la espiritualidad de Wakanda, fundamental para la

narrativa de *Black Panther*, ya que no solo establece al nuevo héroe, sino que también profundiza en la rica mitología y tradiciones de esta nación.

Una apuesta por el pluralismo histórico

Wakanda se ha proyectado por y a pesar del imaginario colonizador que pesa sobre las sociedades africanas. Ha invertido su energía, no para luchar en contra de la opresión, sino para tejer libremente en el tiempo los elementos que componen su modo de vida. De este recorrido se decanta el conjunto de prácticas, creencias, valores y costumbres que los caracterizan como sociedad.

El concepto de cultura recoge el patrimonio estable y sustantivo de un pueblo para delimitarlo, identificarlo y diferenciarlo de otros. No obstante, delinear la cultura de las sociedades americanas y africanas en la realidad, en tanto oprimidas, destruidas y reemplazadas, requiere de un marco de comprensión más amplio que logre captar sus transformaciones a la luz de su proceso histórico. Siguiendo esta línea de pensamiento, la antropóloga Rita Laura Segato (2015), propone caracterizar las sociedades no por su patrimonio cultural, sino por su permanencia como un vector histórico:

La permanencia de un pueblo no depende de la repetición de sus prácticas, ni de la inmovilidad de sus ideas. Soltamos así las amarras que sustentan la identidad, sin dispensarla, pero refiriéndola a la noción de pueblo, como vector histórico, como agente colectivo de un proyecto histórico, que se percibe viniendo de un pasado común y construyendo un futuro también común, a través de una trama interna que no dispensa el conflicto de intereses y el antagonismo de las sensibilidades éticas y posturas políticas, pero que comparte una historia (p.75).

Esta perspectiva nos lleva a percibir las sociedades no como culturas estables, sino como pueblos, agentes y sujetos vivos en el tiempo. Un pueblo es el proyecto de ser una historia, el proyecto de persistir en el futuro. La colonización intervino de forma desastrosa en las sociedades africanas y americanas, interceptando, destruyendo e interrumpiendo la posibilidad de dichos pueblos de construir su futuro.

Asimismo, el desafío ante las estructuras de discriminación racial que aún perduran consiste precisamente en restituir la capacidad de los pueblos para trazar su propio camino e imaginarse proyectados en el mañana, cuestión de suma importancia para el afrofuturismo al tratar de imaginar otros mundos posibles. De ahí que el valor de la ficción encarnada en Wakanda, en libros como *Kindred*, e incluso la producción musical de Sun Ra son unos de los tantos eslabones necesarios para la emancipación de estas sociedades.

Aun cuando el pueblo africano ha estado en contacto con la experiencia y proceso de otros pueblos, el afrofuturismo pone en sus manos las herramientas

imaginativas para recuperar su historia y construir con autonomía su futuro. No se trata de que todas sus prácticas culturales permanezcan intactas ante los estragos de la colonización, sino de que permanezcan vivas, cambiantes y persistentes.

El patrimonio cultural de un pueblo puede ser cambiado y modificado constantemente en la medida en que su historia lo pone a favor o en contra de otros pueblos y perspectivas. La racionalidad moderna, aunque por vía violenta, también hace parte de ese conjunto de prácticas y herramientas propias de su devenir histórico. Así, la ciencia y la tecnología de Wakanda se integran, pero no reemplazan a otras expresiones de cultura propias de la historia africana. Desde esta perspectiva, el quehacer científico de esta nación no obedece a la adopción pasiva de un patrón de conocimiento occidental, sino más bien es la persistencia de un pueblo que ha creado nuevas prácticas a lo largo de su historia.

Una crítica a la imposición externa de la raza

A lo largo de este ensayo se han ofrecido dos perspectivas sobre el afrofuturismo: en primer lugar, la proyección de ideales de la modernidad científica impuestos por la vía de la violencia y, la segunda, que consiste en el lugar de la imaginación en el futuro de un pueblo cuyo proyecto histórico fue atravesado por la colonización. Por último, se tratará una tercera perspectiva en la cual se concibe la raza no como una categoría inmanente y universal, sino como una construcción cognitiva en relación con el conflicto más complejo y notorio de la película *Black Panther*.

Esto se puede observar en como T'Challa, recién convertido en rey, se enfrenta a una disyuntiva que gira en torno a las consecuencias que podrían traer revelar a Wakanda como nación al resto del mundo. El rey podría abrir las fronteras y brindar ayuda a las naciones colonizadas, pero esto podría convertirlos en el objetivo de intervención de naciones más poderosas y conducir a su pacífica y próspera nación a un destino si no igual, muy similar al de sus países hermanos.

Así como los demás países africanos, Wakanda carga con un rasgo físico que los alcanzará tan pronto se muestren ante el hombre blanco y no precisamente para bien. Según Segato, se trata de

[...] el trazo de nuestra historia que aflora y aparece como un vínculo, como un linaje históricamente constituido escrito en la piel, una oscuridad que se adensa más en algunos paisajes [...] Y que, también, precisamente porque la historia colonial no se, en momento alguno, detenido, es un trazo que nos tiñe a todos: los habitantes de estos paisajes somos todos no-blancos cuando viajamos al Norte imperial" (2015, p. 216).

Cualquier wakandiano que ponga un pie sobre Europa será inmediatamente asociado con un esclavo a pesar de haber nacido y vivido libre. Fuera de sus propias fronteras, la premisa de que el mundo debe ser jerárquico y racializado opera con naturalidad y su libertad se constriñe al nacer dentro del sistema que perdura desde la modernidad. En la tierra no existe otra historia distinta a la de la opresión de los cuerpos colonizados, pues la raza, que se ha fijado en pautas de apariencia, es en realidad la marca en un cuerpo de la posición que este ocupó en la historia del colonizador, y por lo tanto sus rasgos no podrán más que encasillarse en ese único relato.

En otras palabras, la raza no se trata de un pueblo, ni de «[...] una cultura común, ni una población, sino de una especie particular de clase que emerge en el sistema clasificatorio impuesto por las mallas del poder y su óptica a partir de la experiencia colonial» (Segato, 2015, p. 228). Por ello, la posibilidad de salir ante el mundo exterior es la misma de que la raza ingrese para jerarquizar una nación que hasta ese momento era igualitaria en términos raciales. Como bien afirman los asesores del rey refiriéndose a los refugiados africanos: “Si ellos entran, sus problemas entran”.

El borramiento inmediato que realiza la raza sobre la historia de Wakanda muestra precisamente el carácter cognitivo o puramente mental que congela las identidades y les arrebató su carácter histórico, borrando la historia de libertad de Wakanda y seleccionando ciertos rasgos biológicos para marcarlos dentro de una jerarquía social. Esto se ve reflejado en el personaje de Killmonger, nativo de Wakanda, pero criado en el exterior y que, viviendo las discriminaciones de su condición afrodescendiente en Estados Unidos, impulsa la apertura de Wakanda para desestabilizar la estructura racial.

Como bien afirma Caro (2018): «[...] que un superhéroe negro pudiera ser un ícono cultural internacional solía ser algo inconcebible» (p. 48) y, sin embargo, *Black Panther* ha logrado ofrecer a su audiencia un comentario sobre la raza que difícilmente hubiera sido percibido de no ser por el marco que ofrece la ficción para imaginar. En este caso en particular, se ha imaginado un futuro en el que no hay cadenas, sino tensiones en la búsqueda de un diálogo que permita hablar de libertad y emancipación.

El primer paso para romper unas cadenas es poder imaginarse sin ellas y T>Challa, Wakanda y toda la narración que los circunda lo hacen posible como si de un truco de magia se tratase. *Black Panther*, el héroe, es en realidad un conjuro cargado del deseo colectivo de moldear y hacer alquimia con la historia triste de los colonizados con la esperanza del cambio, o más bien, con la posibilidad de que este ocurra en este mundo. El valor de *Black Panther* reside en el desplazamiento que esta película realiza a través de su narrativa hacia una realidad dotada de autonomía no exenta de problemas, claro está, pero que permite voz y decisión a aquellos que no la tienen como producto de la colonización.

REFERENCIAS

Butler, O. E. (2018). *Kindred*. Headline Book Publishing.

Caro, H. (2018, mayo 21). El afrofuturismo: raza y tecnología. *Revista Arcadia*, (152), 46-48. <https://www.semana.com/periodismo-cultural---revista-arcadia/articulo/mundo-digital-y-arte-afro-con-nuevas-tecnologias/69310/>

Césaire, A. (1969). *Cuaderno de un retorno al país natal*. Ediciones Era.

Coogler, R. (Dir.). (2018). *Black Panther* [Película]. Marvel Studios.

Galán, R. (10 noviembre de 2022). *La sorprendente historia de Black Panther: una colección racista y un corrector con conciencia social*. Esquire. <https://www.esquire.com/es/actualidad/a22600788/la-sorprendente-historia-de-black-panther/>

Lugones, M. (2011). Hacia un feminismo descolonial. *La manzana de la discordia*, 6(2), 105-117. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v6i2.1504>

Mendelson, S. (8 de abril de 2018), *Box Office: 'Black Panther' Just Missed the \$1.3B Mark*, Forbes. <http://bit.ly/2033GD8>

Orué, A. (2021). Periodismo en América Latina: colonialidad y traducción cultural. *Comunicação, Mídia e Consumo*, 18(52), 270-288. doi:10.18568/CMC.V18I52.2539

Segato, R. L. (2015). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda* (segunda ed.). Prometeo Libros.

Phoenix

Literatura, Arte y Cultura

El número 21 de Phoenix. Literatura, Arte y Cultura se terminó de producir en las instalaciones del Programa de Gestión de Proyectos de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, en febrero del 2025.

Se utilizaron las fuentes Chambers Sans Pro y **ETHNOCENTRIC.**



Phoenix
Literatura, Arte y Cultura